

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 33

Noviembre 2024

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Guerra y lucha de clase

En los años 1982 – 1984, el Partido llevó a cabo un trabajo de valoración sobre cuestiones candentes que el auge del militarismo ponía sobre la mesa. Este trabajo, que se publicó en italiano en 1994 con el nombre de *Antimilitarismo di classe e guerra* y posteriormente en nuestra revista en español como *La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista*, tenía como objetivo dar una posición clara sobre la actitud del partido frente a los llamados «movimientos antimilitaristas» que aparecían en el flanco izquierdo de la política burguesa, pero también en la llamada «autonomía», a la vez que se realizaba un balance de estos y se sistematizaban una vez más los puntos fundamentales del antimilitarismo de clase.

En este estudio se trazaba una línea para dividir aquellas posiciones mecanicistas y activistas que veían el estallido del tercer conflicto imperialista mundial en cualquier conflicto regional que enfrentase a alguna de las principales potencias imperialistas (piénsese en la guerra de las Malvinas, el conflicto Irán-Irak, etc.) de las posiciones correctas del marxismo revolucionario que estudia las posibilidades del estallido de un nuevo conflicto mundial en función de las condiciones históricas y sociales que lo facilitarían, ubicando esta posible (en el sentido temporal) guerra en el ciclo burgués para, a partir de ahí, mostrar las tareas que el partido revolucionario de clase debe cumplir tanto para dirigir la lucha revolucionaria como para influir en la reanudación de la lucha clasista del proletariado. Tal y como se dijo entonces: *La gran alternativa histórica entre guerra o revolución se apoya sobre la efectiva reanudación de la lucha de clase y, por lo tanto, sobre la reorganización clasista efectiva del proletariado sobre el terreno de la defensa de las condiciones de vida, de trabajo y de lucha en el terreno inmediato. Sin esta escuela de guerra de clase, por retomar la afirmación de Lenin, el proletariado no tiene ninguna posibilidad de vencer sobre el terreno revolucionario.*

Buena parte del trabajo realizado entonces se dirigió, por lo tanto, al estu-

dio de las condiciones en las que era posible que, tomando como referencia el inevitable estallido de una tercera guerra mundial pero sin darla por hecho en el horizonte inmediato sino a condición de que se verificase una serie de puntos críticos, la lucha de clase proletaria reapareciese sobre el terreno bien a escala inmediata, bien referida a la defensa de las condiciones de existencia de los proletarios, bien a escala política, en la lucha por el derrocamiento del poder burgués, tal y como sucedió en 1917.

Ambos aspectos de la lucha de clase se entienden, como ha hecho siempre nuestra corriente, no como dos ámbitos separados que se relacionan a través de algún tipo de mecanismo que se activa en determinadas situaciones, sino como parte de una relación dialéctica en la que la clase aprende mediante su lucha cotidiana por el salario, las condiciones de trabajo, etc. a enfrentarse a la clase burguesa y, con ello, se encuadra en un enfrentamiento más amplio por sus objetivos históricos. Se excluye cualquier mecanicismo y, por lo tanto, se descarta la idea de una lenta acumulación de fuerzas proletarias sobre el terreno sindical que luego dé paso a la lucha política, lo que sería un remedo de la antigua distinción socialdemócrata entre programa mínimo y programa máximo. Son las convulsiones características de la sociedad burguesa las que disponen a la clase proletaria a la lucha, las que inevitablemente tienden a erosionar la fuerza que el oportunismo político y sindical ejerce sobre ella y las que, por ello, abren la posibilidad de la intervención del partido de clase con el fin de ganar una influencia determinante sobre los estratos determinantes de la clase proletaria.

La guerra imperialista aparece, de esta manera, como inicio y fin de la parte del ciclo del dominio burgués en la que el partido existe. Tras el fin de la IIª Guerra Mundial, la destrucción de Europa y parte de Asia, permitió el desarrollo de un proceso de acumulación de capital desconocido en el mundo, en términos relativos, desde el siglo XVII (y mucho mayor en términos absolutos). Sobre la base de esta exacerbación de la

capacidad productiva del capital se desarrollan dos elementos íntimamente relacionados. Por un lado, la capacidad política de la burguesía, que cuenta desde entonces con un Estado directamente vinculado en formas y contenido a la herencia fascista pero infinitamente mayor y mucho más capaz de dirigir la defensa de sus intereses de clase. Es en este sentido que hay que entender tanto la destrucción política de la vanguardia de clase proletaria, realizada por la acción conjunta de la contrarrevolución estalinista y burguesa de los años '20, como la integración de las grandes organizaciones económicas proletarias en el aparato del Estado. Por otro lado, el exceso de beneficio resultante de la reconstrucción de las áreas devastadas por la guerra permitió dedicar parte del excedente a levantar una tupida red de amortiguadores sociales capaz de mantener, aún mínimamente, las vidas de los proletarios. De esta manera, la socialdemocracia, el estalinismo y los agentes sindicales que trabajan codo con codo con el Estado burgués, gestionan en buena medida el reformismo económico y social de la postguerra y con ello extienden la base de su influencia y man-

(sigue en pág. 2)

EN EL INTERIOR

- Oriente Medio: Israel, brazo armado del imperialismo estadounidense, hace la guerra a todos los que se oponen a los intereses de poder globales de Washington, a la sombra de los cuales surgen los intereses de poder regionales israelíes
- Crecida y desbordamiento de la civilización burguesa
- Una nueva publicación del Partido: los *Quaderni de il comunista*
- La elección de Trump y la clase obrera americana
- Renault: ¡larga muerte al automóvil!
- El único responsable del catastrófico aluvión en el Levante es el capitalismo

Guerra y lucha de clase

(viene de la pág. 1)

tienen al proletariado dentro de los límites de la colaboración entre clases. Esta prolongada paz social en las mayores concentraciones proletarias de Europa y América es lo que caracterizó el mundo capitalista de la postguerra, aproximadamente hasta 1975.

En 1975 la gran crisis capitalista, predicha por nuestro partido dos décadas antes, marca el fin de este periodo de postguerra y da paso al periodo de preguerra, que aún se dura y cuyo fin no será inmediato. Esta época se caracteriza por un progresivo desmantelamiento de la red de amortiguadores sociales fruto de una brusca caída del beneficio capitalista. A esto le sigue el deterioro de la estructura socialista y estalinista, que varía de forma, se reagrupa o desaparece según el país. También se verifica la pérdida de control de los sindicatos sobre la fuerza de trabajo proletaria, pero no en el sentido de un renacimiento de la lucha de clase sobre el terreno del enfrentamiento directo con la burguesía, sino en el de la desaparición de su peso numérico sin que esto implique el fin de la influencia de sus políticas anti proletarias. Porque a excepción de algunas tentativas, de algunas luchas libradas con más o menos intensidad, como las de la década de 1970 en Italia, España y Francia, Polonia en 1980 o Inglaterra en 1984, la clase proletaria no ha remontado la situación de postración en la que se encuentra desde su derrota a manos de la contrarrevolución.

Los acontecimientos posteriores, que han tenido una gravedad igual o mayor a la de la crisis de 1975, como la crisis de 2008-2012 (mayor en intensidad y en consecuencias para el proletariado que las anteriores), el inicio desde 2017 de las tensiones bélicas entre algunas de las principales potencias mundiales o la crisis COVID de 2020, han mostrado a una clase proletaria que no resurge, evidenciando que los lazos que al vinculan a la política de colaboración entre clases, más allá de la influencia directa de las fuerzas oportunistas, son mayores de lo que algunas valoraciones optimistas pudieron suponer.

Pero esta situación no anula la validez de las previsiones marxistas sobre la necesidad de un enfrentamiento mortal entre proletarios y burguesía: simplemente muestra que la realidad social de la vida de las clases es más compleja que lo que un análisis de tipo mecanicista puede suponer y que los factores determinantes del triunfo de la contrarrevolución siguen presentes pese al desgaste de las formas con que se manifestaron en un primer momento.

De la misma manera que el largo periodo de preguerra abierto en 1975, pese a haber incluido fases de relativa prosperidad en algunas regiones del mundo y pese a que, en algún momento, creó el

espejismo de un nuevo y definitivo equilibrio imperialista con Estados Unidos como su campeón imbatible, no quita para que la III Guerra Mundial sea una realidad inevitable en el futuro del mundo capitalista. Sin poder, como mostraba el estudio de 1982-1984, ponerle fecha o un evento claro e inevitable como punto de partida, constituye un jalón inevitable para el curso del dominio burgués y, en realidad, los últimos cuarenta años no han hecho otra cosa que afirmar esto.

Ahora bien, ¿en qué punto se entrelazarán el largo y tortuoso camino hacia la reanudación de la lucha de clase proletaria y el de la guerra imperialista? ¿Aparecerá primero esta y luego aquella? ¿Y en qué términos lo hará? ¿Es legítimo desde el punto de vista marxista cifrar algún tipo de esperanza en que la guerra despierte por fin la fuerza histórica del proletariado? Son preguntas que inevitablemente aparecen al evaluar la situación pasada, presente y futura y que nunca quedan respondidas de una vez para siempre: precisamente el método marxista consiste en verificar la realidad de sus postulados mediante su confirmación con los hechos históricos y contemporáneos a la vez que tales postulados permiten predecir los acontecimientos futuros.

Retomamos ahora el texto publicado en castellano para sacar los siguientes párrafos:

«[...] Nosotros afirmamos que, bajo ciertas condiciones, el estallido de la guerra mundial y sus vicisitudes pueden allanar el camino de la revolución, que la perspectiva puede ser guerra y revolución, injertándose esta sobre el terreno sangrante y ardiente de aquella. Podemos precisar nuestras hipótesis:

1) Reanudación de la lucha de clase revolucionaria a gran escala en el periodo de inmediata preguerra con movimientos insurreccionales victoriosos al menos en uno de los principales países imperialistas. Sólo con esta condición es posible concebir que la revolución internacional destruya el camino del tercer conflicto mundial, que la llamada a la movilización de los ejércitos se transforme para el movimiento obrero internacional en una señal de movilización antigua y antipatriótica y, por tanto, en una señal de guerra civil.

Esta situación, que todavía no es posible excluir, incluso si la juzgamos como la menos posible dada la amplitud y profundidad del ciclo contrarrevolucionario del que no hemos salido aún después de 15 años del inicio de la crisis económica mundial, nos da en términos reales las condiciones sine qua non de una situación favorable al dilema: guerra o revolución. Nosotros no negamos que haya una brizna de verdad en este dilema, a saber, que sólo la revolución proletaria puede impedir la guerra mundial (o que sin revolución el

conflicto es inevitable). Sin embargo, negamos la inversión del dilema bajo la forma: si la guerra estalla, la revolución es imposible.

2) Reanudación general de la lucha de clase en el periodo de preguerra, reconquista por el movimiento obrero del nivel trade-unionista, es decir, renacimiento de organismos sindicales independientes, pero sin que la clase obrera intente reconquistar el nivel de la independencia política, es decir, el establecimiento de un sólido lazo entre el Partido Comunista y la clase.

La lucha de clase resurge en el corazón del imperialismo en ásperas batallas sobre el terreno económico, pero no es todavía bastante fuerte para lanzarse en un asalto revolucionario contra la burguesía, no es capaz todavía de luchar por el poder en ninguno de los grandes países imperialistas. La guerra imperialista estalla a pesar de las protestas y las tentativas de oposición de la clase obrera, la movilización guerrera no puede dar la señal de la lucha revolucionaria. Pero las condiciones objetivas y subjetivas (costumbre de lucha independiente, lazo todavía débil pero real entre la clase y el Partido marxista), dejan abierta la posibilidad de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil y, por tanto, del estallido de la revolución en el curso de la guerra entre los Estados. Esta posibilidad está a su vez condicionada por la capacidad del Partido de quedar sobre posiciones auténticamente marxistas, de no vacilar en la orgía de pacifismo en primer lugar, del patriotismo a continuación, y desde allí oponer, en la propaganda y en los hechos, las sanas tradiciones del derrotismo revolucionario.

Sólo en este caso los tormentos de la carnicería imperialista podrán alimentar el derrotismo revolucionario y el estallido de la guerra civil.

Esta segunda alternativa, de guerra y revolución, es tan poco fantástica que, de hecho, ha sido la única en ser plenamente realizada, en octubre del 17 en Rusia.

3) Paso de la crisis económica a la guerra sin revolución ni reanudación de la lucha de clase en la preguerra.

Es la repetición histórica de la fase que ha precedido a la segunda guerra mundial y que ha determinado el curso marcado por la ausencia casi total de reacciones proletarias. En tal situación no es posible prever los episodios, más o menos aislados, de derrotismo y de fraternización en el curso del conflicto sin posibilidades de desenlace revolucionario, como por ejemplo el caso de la Comuna de Varsovia en la última guerra.

La tarea principal del partido entonces es difundir por la propaganda la orientación antimilitarista de clase y el derrotismo revolucionario, llamando a los obreros al rechazo de los frentes nacionales y de la lucha de partisanos, incluso bajo la etiqueta pretendidamente «socialista». La tarea del partido no con-

siste en absoluto en lanzarse a una actividad práctica «en contacto con las masas» a toda costa, con la ilusión voluntarista de forzar el curso revolucionario intentando, por ejemplo, transformar la lucha de los partisanos en lucha revolucionaria.

La actividad práctica de organización y la participación en la lucha armada no será posible más que en presencia de movimientos pro-letarios no encuadrados militarmente por ningún imperialismo, por ejemplo, las Comunas de Varsovia de mañana, incluso si no hay posibilidades de victoria inmediata. En efecto, incluso destinados a la derrota, como en su tiempo la Comuna de París, estas luchas son inestimables adquisiciones para la lucha y la victoria futuras, y el Partido que se retirará de la batalla porque las posibilidades de éxito sean mínimas, abdicaría simplemente de su papel revolucionario.

En efecto, incluso si la guerra se desencadena sin una reanudación previa de la lucha de clase, lo que excluye una victoria de la revolución en el curso del conflicto, la posibilidad de una movilización obrera en el curso de la guerra y de rupturas no episódicas de los frentes de guerra, no puede ser descartada. Ello depende de la capacidad de las diferentes burguesías para mantener el control social, de sus capacidades para resistir los choques militares y para imponer sacrificios a los proletarios.

Esta tercera hipótesis admite una variante que forma una cuarta hipótesis:

4) Reanudación de la lucha de clase en el curso de la guerra, con huelgas y sabotajes de la industria militar y episodios no esporádicos de rebeliones de soldados.

Incluso en este caso la posibilidad de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil queda cerrada, hace falta no hacerse ilusiones: sin reanudación clasista antes de la guerra, sin implantación real del Partido en la clase antes del conflicto, no puede haber posibilidad revolucionaria durante la guerra. Para afrontar victoriosamente al enemigo de clase en el momento del despliegue máximo de su potencia represiva y de sus recursos de movilización ideológica para cimentar la unidad nacional, el proletariado debe estar preparado, debe estar habituado a la lucha independiente de clase, debe estar dotado en el terreno ideológico de una autonomía real que sólo un sólido lazo con el Partido de clase puede garantizar, de igual modo la lucha de clase no puede obtener la victoria si emite sus primeros sonidos en la víspera de la batalla decisiva.

La hipótesis de la emergencia de un antagonismo de clase significativo durante la guerra imperialista no modifica las perspectivas generales para el movimiento obrero, que quedan desfavorables para la revolución durante el conflicto. Pero lo que cambia son las perspectivas de postguerra.

Si en el curso del conflicto, capítulos no episódicos de lucha clasista se abren a la acción directa del Partido, y si este actúa en plena coherencia con las líneas tácticas y programáticas marxistas, uniéndose a los obreros y a los soldados que luchan por sus propios intereses con las armas en la mano, si sabe imprimir a estas reacciones inmediatas a los sufrimientos de la guerra una orientación abiertamente derrotista y antinacional, entonces es posible que estalle la lucha revolucionaria después del fin de la guerra.

Es por esta razón, y no por razones morales, o, peor todavía, de prestigio, por lo que el Partido debe estar al lado de los obreros incluso en la más modesta de sus luchas, incluso si la derrota es probable, incluso si se trata de una llamada aislada. De otra parte, sería completamente erróneo jugar al éxito del movimiento revolucionario sobre una o sobre algunas llamaradas aisladas de lucha, la victoria final no puede ser obtenida más que después de numerosas pruebas.

No es posible determinar con adelanto si nos encontraremos en la hipótesis 3 o en la hipótesis 4.

Si se tratara de la hipótesis 3, la acción del Partido se revelará estéril por lo que respecta a una reanudación clasista inmediata, pero será fecunda para el porvenir. Es verdad que no reforzará a la clase ni influirá en las luchas futuras, pero reforzará la perspectiva del Partido llamado a dirigirlas, el Partido que deberá ser reconstituido, reorganizado sobre bases teóricas y programáticas sólidas, en una situación a contracorriente y, por tanto, inevitablemente alrededor de un puñado de militantes.

Al contrario, si nos encontráramos en la cuarta hipótesis, la acción de orientación y de batalla revolucionaria llevada por el Partido en lo vivo de la lucha proletaria será fecunda para la reanudación revolucionaria de postguerra. En efecto, estas luchas sociales surgidas del infierno de la guerra dejaron un signo indeleble en la conciencia y en la memoria de millones de proletarios si han sido orientados verdaderamente en un sentido de clase y antinacional. Esta experiencia, la lección de estas luchas, se revelará preciosa después de la guerra, cuando la burguesía, en lugar de realizar las promesas hechas antes y durante el conflicto, demande a los proletarios nuevos sacrificios para la «reconstrucción de la Patria». Entonces podrá responder la voz de la revolución, a la inversa de lo que pasó durante la segunda postguerra, donde las luchas sociales y las agitaciones proletarias no faltaron, pero todas fueron encuadradas y orientadas en un sentido no revolucionario por las fuerzas de la colaboración de clases, por los partidos de Thorez y cia».

Hemos incluido esta larga cita tanto para mostrar que la cuestión de la guerra imperialista y su relación directa con

la reanudación de la lucha de clase siempre ha estado en el centro del trabajo del Partido (incluso en épocas en las que los tambores de guerra sonaban mucho más lejanos que ahora) como para evidenciar que el paso de cuarenta años válida en mayor medida unas hipótesis frente a otras, aún sin que todavía sea posible descartar ninguna.

Desde 1982 hasta hoy, tal y como hemos dicho más arriba, la clase proletaria ha sido incapaz de romper con los vínculos que le unen a la política colaboracionista del oportunismo. No lo ha hecho ni en el terreno político ni en el de la lucha económica inmediata. Es más, incluso cuando las fuerzas del oportunismo tradicional han perdido buena parte de su influencia sobre determinados estratos de la clase proletaria, la consigna democrática que estaba en la base de su política se mantiene relativamente incólume.

Desde 1982, decimos, han tenido lugar acontecimientos de primer orden que, pese a haber contribuido a agrieta el sistema político y social de la segunda postguerra, no han sido suficientes como para desmontar el andamiaje de la prolongada colaboración entre clases. Dejando a un lado la caída de la Unión Soviética cuyo impacto tanto político como económico fue importantísimo en el sentido de reforzar el dominio de las potencias imperialistas, el acontecimiento de mayor relevancia ha sido la crisis de 2008-2012, que trajo consigo diversos estallidos «populares» tanto en el Próximo Oriente como en algunos países de Europa y en, menor medida, en Estados Unidos. En estos estallidos la fuerza independiente de la clase proletaria no fue relevante en ningún momento y el contenido de los «movimientos sociales» que los capitanearon fue (no podía ser de otra manera) interclasista y llamado a apuntalar el Estado burgués con unos programas reformistas que por otro lado eran imposibles de realizar.

El resultado de una situación tal, con una clase burguesa claramente dispuesta a liquidar todo lo necesario del «pacto social» y reducir las condiciones de vida de los proletarios al nivel que permitía la reanudación económica con garantías de beneficio y con una pequeña burguesía que ejercía de agente paralizador del esperado movimiento de clase, ha sido un brutal deterioro de las condiciones de vida del proletariado. El nivel de los salarios reales ha caído en prácticamente todas las potencias imperialistas centrales (a excepción de China, por otro lado relativamente al margen de la crisis), los salarios y beneficios sociales indirectos se han reducido notablemente, etc. El proletariado ha pagado cara su incapacidad de romper con las contenciones sindicales y políticas, con la rediviva pasión democrática que significó el populismo de las nuevas corrientes parlamentarias, etc.

Otro gran hito de estos últimos cua-

(sigue en pág. 4)

Guerra y lucha de clase

(viene de la pág. 3)

renta años ha sido la movilización típica de periodos bélicos que la burguesía realizó con motivo de la pandemia COVID-19. En aquella ocasión se unió tanto la amenaza sanitaria que en un primer momento pudo representar el virus SARS COV 2 con las repercusiones de las medidas de contención que la clase burguesa tomó, entre las cuales tanto el despido de millones de proletarios (cuyo salario pasó, mermado, directamente a las cuentas nacionales) como la represión en forma de suspensión de las libertades civiles básicas (reunión, prensa, circulación, etc.) Nada más parecido a una guerra en tiempos de paz que esta demostración de que el potencial represivo de la burguesía no ha hecho sino incrementarse mientras que el proletariado ha permanecido inerte. Ciertamente durante aquellas semanas hubo brotes de lucha en determinadas empresas, movimientos de trabajadores contrarios al control absoluto impuesto por la patronal, etc. pero la realidad final es el mantenimiento de la parálisis y, de nuevo, un brusco deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora con el que se financia la recuperación económica.

Dada esta situación y siguiendo el esquema recuperado de nuestro estudio de 1982, no es difícil constatar que tanto la primera como la segunda hipótesis (reanudación de la lucha de clase revolucionaria y reanudación de la lucha de

clase al nivel trade unionista), sin ser descartables del todo, se encuentran hoy, más lejos de lo que podíamos pensar entonces. Las sacudidas sociales que hemos vivido en estas cuatro décadas han sido incapaces de potenciar ninguno de los dos tipos de reanudación aunque han mermado considerablemente las bases sobre las que se asentaba la paz social de la postguerra. Como decíamos más arriba, el peso de la mistificación democrática, el «hábito» oportunista y conciliador, etc. son tan importantes entre la clase proletaria que cualquier corriente política puede utilizarlos y potenciarlos incluso cuando sus acciones se dirigen abiertamente contra los intereses inmediatos de los proletarios. Así lo vimos, por ejemplo, durante los confinamientos de la pandemia, en 2020 y 2021, cuando ante paro y al hambre que ofrecía la burguesía a los proletarios, las viejas y las nuevas corrientes oportunistas fueron capaces de imponer la solidaridad nacional y la defensa de los intereses económicos del país por encima de cualquier respuesta de clase.

Como decimos, esto no significa que ambas hipótesis, primera y segunda, queden completamente descartadas porque el periodo de movilización prebélica de recursos hacia el ámbito militar puede conllevar fuertes desequilibrios sociales en algunos países y en ningún caso se puede garantizar que estos no vayan a desembocar en cualquier tipo de lucha proletaria a gran escala. Los futuros alineamientos imperialistas de cara a una tercera guerra mundial (que todavía no se han realizado ni sobre el terreno económico ni sobre el terreno militar) pueden implicar exigencias de sacrificios inmensos para el proletariado y sólo el tiempo dirá si tales acontecimientos supondrán un repunte de las luchas obreras.

Respecto a la tercera y cuarta opción, que implicarían ambas la ausencia de lucha de clase en el periodo de preguerra pero la posibilidad de una reaparición de esta durante la guerra imperialista, sus respectivas probabilidades resultan imposible de calcular y precisamente por ello hay que evitar caer en falsas soluciones al problema. Las dos hipótesis se refieren no tanto a la posibilidad de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, que en ambos casos estaría prácticamente excluida toda vez que el proletariado sería incapaz de otra cosa que dar los primeros pasos en el terreno del enfrentamiento con la burguesía, como a la apertura mediante la movilización obrera de un periodo de influencia efectiva del Partido sobre estratos considerables de la clase. Esto estaría excluido en la tercera hipótesis, en la que la clase proletaria no logra luchar sino de manera episódica y aislada, pero sería una perspectiva realista en la cuarta. Pero, en cualquier caso, ambas perspectivas implican que el Partido de clase sólo debe colocar las esperanzas revolucionarias en el perio-

do de postguerra.

Frente a la posibilidad de una guerra imperialista, el Partido debe prever con toda la rigurosidad posible, los diferentes escenarios que se presentarán, sobre todo de cara a la capacidad de la clase proletaria de romper con la política burguesa tanto en el terreno inmediato como en el general. Para ello debe desarrollar un trabajo de registro y evaluación de todos los «síntomas» que puedan indicar en un sentido u otro, luchando siempre para intervenir en cualquier grieta, por pequeña que sea, que se abra en el edificio de la sociedad burguesa y que implique un mínimo resquebrajamiento para la lucha proletaria y su intervención en esta.

Los años por venir hasta la guerra imperialista (que, de seguir a los análisis militares, no son muchos y quizá sumen menos de dos décadas) verán aparecer multitud de grupos, grupúsculos, colectivos, tanto de la vieja «izquierda» como de la que está por surgir. Todos ellos traerán consigo (¡ya lo hacen!) perspectivas sobre la guerra más basadas en la repetición automática de consignas pasadas que en una valoración realista de los hechos que ya presenciamos. Y, con ello, veremos el uso fraudulento, impreciso y estéril de las clásicas consignas marxistas, tales como el derrotismo revolucionario, la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, etc. Estas corrientes conforman, aún cuando hoy sean minoritarias, el sustrato político para el resurgir mañana de las corrientes democráticas, partidanas, etc. que pondrán el foco en el «movimiento real» y no en las necesidades de la preparación revolucionaria. Toda la intransigencia verbal que hoy muestran mañana se transformará en seguidismo respecto al curso de los acontecimientos (que siempre justificarán con la «necesidad de intervenir») y en indiferencia hacia el potencial clasista real de determinados sucesos que sin duda tendrán lugar. Lo hemos visto con el «Congreso contra la Guerra» de Praga, la Primavera pasada (ver nuestro artículo *Contro la guerra imperialista russo-ucraina, la risposta la può dare solo il proletariato in Russia, in Ucraina e in Europa con la sua lotta di classe, sia contro il veleno bellicista delle borghesie e dei loro interessi nazionali, sia contro l'oppio pacifista*, de Il Comunista n° 181, marzo-abril de este año) y lo veremos en futuras ocasiones.

Frente a esas ilusiones, el Partido continúa con su labor, trabajando con unas fuerzas que numéricamente hoy pueden parecer ridículas en comparación con la hérculea tarea que impone el antimilitarismo de clase, pero sobre la base sólida y firme de la continuidad teórica con las posiciones fundamentales del marxismo, que son las únicas que hoy permiten anticipar los futuros desgarramientos sociales y, mañana, convertir la fuerza de la clase proletaria que aparecerán en ellos en el vehículo de la revolución comunista mundial.

«el programa comunista» N°56, septiembre 2024

-Ucrania. Una guerra que sigue allanando el camino para futuras guerras en Europa y en todo el mundo.

- Porqué Rusia no es socialista.

- La guerra de España (4): el programa agrario de las organizaciones obreras (1936-1939). El proletariado industrial.

- Oriente medio:

. Los actos terroristas, hoy de Hamas, como los de ayer de Al-Fath u otras organizaciones guerrilleras no pondrán fin a la opresión israelí de los palestinos de Gaza y Cisjordania. ¡El futuro del proletariado palestino, como el de los proletarios de Oriente medio, Europa y el mundo está en la lucha de clases independiente y la solidaridad de clase proletaria de todos los países!

. De la espiral de continuas masacres que han jalonado la historia de Oriente medio en los últimos 100 años.

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 € América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

Oriente Medio: Israel, brazo armado del imperialismo estadounidense, hace la guerra a todos los que se oponen a los intereses de poder globales de Washington, a la sombra de los cuales surgen los intereses de poder regionales israelíes

Desde hace más de un siglo, Oriente Próximo es una *zona tempestuosa* donde se concentran los intereses contrapuestos de los imperialismos más fuertes del mundo, no sólo por las enormes reservas de petróleo, sino también por la ruta comercial estratégica que une el Océano Índico con el Mediterráneo a través del Canal de Suez-Mar Rojo, sin olvidarnos del Golfo Pérsico.

Los contrastes interimperialistas dan lugar a enfrentamientos comerciales y diplomáticos y a guerras en las que inevitablemente se ven envueltos los países de la zona, donde el reciente desarrollo del capitalismo se ha caracterizado por la extrema violencia con la que los imperialistas y los clanes locales dominantes han impuesto y siguen imponiendo sus intereses específicos a los pueblos de la zona, manteniendo viejas y atrasadas superestructuras políticas y religiosas que se han doblegado ante el avance imparable del capitalismo, convirtiéndose, de hecho, en los pilares sobre los que se apoyan las nuevas clases burguesas para ejercer su poder y control sobre las poblaciones dominadas. La fuerza de las clases burguesas de Oriente Medio depende en gran medida del control que sean capaces de ejercer sobre sus propias poblaciones y, dado el avance extremadamente contradictorio pero inexorable del capitalismo, sobre un proletariado relativamente joven pero potencialmente incontrolable, dado un origen rural cuyo mantenimiento se ha visto arruinado no sólo por las violentas expropiaciones capitalistas, sino también por la concentración en esos territorios de intereses imperialistas cada vez más enfrentados. La historia de la transformación de las masas campesinas palestinas en masas proletarias, sin reservas y sin patria, expresa la punta más aguda del proceso de desarrollo social del capitalismo en Oriente Medio, un desarrollo que no podía ni puede prescindir de hacer permanente el enfrentamiento armado y las guerras, ahora de unas burguesías locales y ahora de las otras, en las que continuamente se ponen en cuestión las treguas y las fronteras temporales, el *orden* temporal que, de *local*, ha adquirido cada vez más una dimensión *mundial*. Guerras y treguas que las propias potencias imperialistas -que representan, con sus intervenciones financieras, políticas y militares, los principales factores del desorden en

Oriente Medio-, como los aprendices de brujo que resultan ser, son incapaces de dominar.

No repasaremos aquí la larga historia de guerras y supuestos acuerdos de paz que han salpicado el último siglo y medio en Oriente Próximo. Basta con remitirse a las guerras árabe-israelíes y a las guerras del Golfo del siglo pasado para comprobar que los países de Oriente Próximo y Oriente Medio constituyen polvorines siempre a punto de estallar (1). Sin embargo, hay que subrayar que esta *zona tempestuosa* no es más que una de las zonas del mundo donde se deciden y se decidirán las alianzas imperialistas con vistas a la Tercera Guerra Mundial.

Las guerras que los árabes siempre han perdido

La guerra desatada por Israel contra los palestinos de Gaza, tras la incursión de Hamás en decenas de kibutz israelíes vecinos, causando la muerte de más de 1.200 israelíes y la toma de 250 rehenes llevados a Gaza, no hace sino dar continuidad a las sistemáticas operaciones militares que Israel viene realizando contra los palestinos desde la creación de su Estado en 1948 en Palestina, bajo la protección de las potencias vencedoras de la segunda matanza imperialista mundial. Hay que decir que todos los países árabes de entonces rechazaron la resolución de la ONU de noviembre de 1947 sobre la creación de dos Estados, uno palestino y otro judío, hasta el punto de que desencadenaron la guerra contra Israel en cuanto se proclamó Estado independiente. Esa guerra la ganó Israel, obligando a cientos de miles de palestinos a refugiarse en los países árabes vecinos, y también ganó las tres guerras árabe-israelíes posteriores, en 1956, 1967 y 1973. Con la victoria de 1967 (la famosa «guerra de los seis días»), Israel ocupó el Sinaí y la Franja de Gaza (arrebátandoselos a Egipto), Cisjordania (arrebátandoselos a Jordania), Jerusalén Este y los Altos del Golán (arrebátandoselos a Siria). Más tarde, Israel devolvió el Sinaí a Egipto, aceptó que Gaza fuera gobernada por los palestinos, lo mismo para Cisjordania pero sólo a partir de 1995, ambos sin embargo bajo el estricto control (económico y financiero, así como militar) de Israel, mientras que convirtió los Altos del Golán ocupa-

dos en territorio israelí que Estados Unidos reconocerá en 2019. En 1982, Israel invadió la franja sur de Líbano para destruir bases palestinas, ocupándola; se retiró de ella en 2000, pero volvió a invadirla en 2006 para contrarrestar a las milicias chiíes libanesas proiraníes de Hezbolá, que entre tanto se habían organizado e instalado en un Líbano en ruinas, retirándose de nuevo del sur de Líbano unos meses después. En 2006, Hamás ganó las elecciones en Gaza, se enfrentó con las armas con los partidarios de la ANP que habían ganado las elecciones en Cisjordania, y Netanyahu -ya entonces jefe de gobierno- aplicó una política de apoyo y fortalecimiento de Hamás precisamente en función antiANP, de modo que las dos facciones palestinas siguieron enfrentadas, impidiendo de hecho la posibilidad de iniciar un acuerdo para el autogobierno palestino en Cisjordania y Gaza con vistas a la creación de un futuro «Estado palestino», como habían reafirmado los Acuerdos de Oslo (1993) firmados entre Rabin, Arafat y Bill Clinton, acuerdos que, como todos los «acuerdos» firmados posteriormente, no eran más que papel mojado.

La fórmula irreal de los «dos Estados»

Si hay un engaño estratosférico en el que han caído las masas palestinas y, con ellas, las masas proletarias y campesinas pobres de Egipto, Líbano, Siria y Jordania -donde, en su mayoría, se han refugiado las masas palestinas que huyeron o fueron expulsadas de su patria-, es precisamente la perspectiva de esos dos Estados cuya constitución se suponía que iba a traer la paz no sólo a Palestina sino a todo Oriente Próximo, una paz que ha sido constantemente puesta en entredicho por la guerra israelo-palestina. Israel siempre se ha opuesto a la «solución de los dos Estados» -por otra parte, también rechazada por Hamás-, siempre se ha interpuesto en el camino cada vez que los imperialistas de América y Europa, incluida Rusia, intentaban forzar la situación para llegar a ese tipo de «pacificación». Su función como gendarme del imperialismo euroamericano en el territorio de Oriente Próximo, que siempre ha reivindicado la burguesía israelí, tanto la de extrema derecha como la laborista de izquier-

(sigue en pág. 6)

Oriente medio

(viene de la pág. 5)

da, ha sido demasiado importante como para ponerla en peligro yendo en contra de las aspiraciones del naciente colonialismo regional de Tel Aviv. Este gendarme no sólo tenía, y tiene, la tarea de mantener a raya a las masas rebeldes palestinas debido a su alto grado de contagio, a través de su lucha e indomabilidad, a las masas de todo Oriente Medio, sino que también tiene la tarea de mantener a raya a las demás potencias regionales: Irán, Arabia Saudí, Egipto y, no menos importante, Turquía- que a lo largo de las décadas han expresado aspiraciones iguales de control sobre Oriente Próximo, así como aspiraciones de romper con la dependencia directa de los imperialistas mundiales más fuertes, en primer lugar Estados Unidos.

Los intereses de la burguesía israelí a la sombra de los de EE.UU.

Cuando se produjo la incursión de Hamás en Israel el 7 de octubre de hace un año, Israel -habiéndose dado muestras de no haberse preparado para impedir y contrarrestar enérgicamente tal empresa- respondió inmediatamente comenzando a bombardear Gaza: si no impidió la masacre de más de 1.200 israelíes y el secuestro de 250 rehenes, sí respondió, sin embargo, muy rápidamente con todo el poder militar a su disposición, como si no estuviera esperando más que una oportunidad para lanzar un ataque sin precedentes contra Gaza y los palestinos en general. Hamás, de ser una fuerza antiterrorista útil contra la Autoridad Nacional Palestina, se ha convertido así en el enemigo al que hay que acabar definitivamente (como la Al Qaeda de Bin Laden para la Casa Blanca, antaño útil en Afganistán contra los rusos, entonces enemigo número uno de Washington). Pero los objetivos de Israel, ya después de unos meses de bombardear Gaza, estaban demostrando ser mucho más amplios que la mera derrota de Hamás y el asesinato de sus líderes. Tel Aviv no podía dejar de prever que las milicias de Hezbolá -fuertes en el sur de Líbano- intervenirían junto a Hamás (ambas apoyadas por el Irán de los ayatolás), por lo que ya se había preparado para lanzar un nuevo ataque también en el sur de Líbano para tratar de destruir sus bases desde las que periódicamente se lanzan cientos de misiles hacia el norte de Israel. Y todo ello, sin duda, con el conocimiento del gobierno de EEUU, que ha seguido apoyando a Israel con dólares y armamento -el intercambio comercial bilateral anual entre EEUU e

Israel asciende desde hace años a 50.000 millones de dólares en bienes y servicios (2)-, y es bien conocido el apoyo incondicional de EEUU a toda iniciativa antiárabe de Israel, en la medida en que debilita la posible alianza interárabe. Incluso gracias al militarismo israelí, EE.UU. ha conseguido a lo largo de los años algo en su propio beneficio: impedir que los Estados árabes formen alianzas más estrechas sobre la base de su tradicional oposición a Occidente. De hecho, con respecto a la masacre sistemática de la población civil palestina que no ha cesado desde el 8 de octubre de 2023, y que incluso se ha extendido a la población del sur del Líbano y Beirut, ni un solo país árabe ha pronunciado una sola palabra en defensa de las masas palestinas, confirmando que Israel está haciendo un favor a todas las burguesías de la zona.

El actual gobierno de Netanyahu, el más derechista de la historia, aprovechó la oportunidad para destruir no sólo a Hamás, sino a toda la población de Gaza masacrándola, una población que se atrevió a «desafiar» al Estado judío eligiendo para su gobierno no a la corrupta e impotente ANP, sino a Hamás, un partido que demostró que no temía a la fuerza militar judía y que mantenía la vida social de los gazatíes, a pesar del asedio de Israel, con alimentos, hospitales e incluso puestos de trabajo. Los más de 42.000 civiles que murieron bajo los bombardeos, los miles de heridos y enfermos, una población continuamente desplazada de un lugar a otro en una Franja de tierra que se ha convertido en un enorme campo de concentración, reducida a la inanición y expuesta a cualquier enfermedad por falta de un mínimo de atención ya que casi todos los hospitales han sido destruidos, al igual que las escuelas y todos los edificios en los que, junto a muchos civiles, podían refugiarse también los milicianos de Hamás, ¿qué prueba esto sino que Israel pretende llevar a cabo su «solución final»? Reducir la población superviviente de Gaza hasta el punto de que acepte someterse por completo al dominio judío también en su tierra, y luego aplicarle esto también a la población de Cisjordania. No en vano, al gobierno de Netanyahu no le importó la presión de Biden y de los balbuceantes europeos para que se produjera un alto el fuego, se dejara pasar a los camiones de ayuda a la población civil, sólo se golpeará a las milicias de Hamás y no a la población civil, y se negociará el regreso a casa de los rehenes que siguen en manos de Hamás. Netanyahu, ya en su discurso en la ONU el 22 de septiembre de 2023 -pocos días antes de la incursión de Hamás en el sur de Israel-, apoyó sin ambages el objetivo

de Israel: extender el territorio israelí desde el río Jordán hasta el Mediterráneo (en la perspectiva del «Nuevo Oriente Próximo»), incluyendo Cisjordania y Gaza, Jerusalén Este y los Altos del Golán, como punto de partida para un nuevo diseño de «paz» (3).

Estados Unidos ordena, Israel ejecuta

Mientras continuaban los bombardeos sobre Gaza y Egipto cerraba sus fronteras con Gaza para que ningún palestino huyera de los bombardeos y se refugiara en territorio egipcio, Israel se preparaba para invadir el sur de Líbano con el objetivo de destruir las bases militares de Hezbolá; Al mismo tiempo, la amenaza de Israel de atacar las bases militares y nucleares de Irán -como gran apoyo de Hamás, Hezbolá y los hutíes yemeníes que se han aliado contra Tel Aviv- ha preocupado sobremanera a la Casa Blanca, que lo quiere todo, en este delicado periodo de elecciones presidenciales, menos que el estallido de una guerra con Irán haga arder todo Oriente Próximo.

Pero las iniciativas israelíes responden también, desde que Washington ha sustituido a Londres y París en el control de la zona, a los intereses subyacentes de Estados Unidos, aunque éste haya sido incapaz, en los últimos años, de gestionarlos según su propio calendario dictado por sus planes de control mundial y sus propias relaciones internacionales. No cabe duda de que Israel, si no contara con el apoyo financiero, político y militar de Estados Unidos, no podría actuar como potencia regional temida por todos los países de la zona de Oriente Próximo y no podría imponer una política opresiva y racista sin límites a los palestinos y a las poblaciones árabes en el propio territorio de Palestina. El enésimo ejemplo lo da la guerra desatada en Gaza no sólo y no tanto contra Hamás, sino contra la población palestina como tal, en la que el armamento y el apoyo en hombres especializados suministrados a Israel han sido y son decisivos. A propósito del armamento estadounidense, The Daily Fact del 22 de octubre de 2024 escribe: «Bombas y municiones (incluidas diez mil infames ojivas de alto poder explosivo de la serie Mk-80) utilizadas directamente en Gaza, un volumen de 17.900 millones de dólares, según una estimación de la Universidad Brown (al contrario que con Ucrania, la Casa Blanca no cuantifica públicamente la ayuda proporcionada al aliado israelí. En la región, Estados Unidos también ha desplegado 42.000 infantes de marina y decenas de buques de guerra y portaaviones, con el fin de «disuadir a Irán y contrarrestar los ataques de sus apoderados, contra buques en el Mar Rojo o contra Israel». No se trata de disminuir la plena res-

ponsabilidad de Israel en las masacres de la población gazatí, pero está claro que los israelíes están desempeñando el papel de matones de Estados Unidos, también para sus propios intereses específicos, llevando a cabo el trabajo sucio del que se abstiene la Casa Blanca y que encubre con sus declaraciones sobre «dos pueblos, dos Estados», sobre los «corredores humanitarios» que deben garantizarse para la población que es bombardeada sistemáticamente, sobre las negociaciones para la devolución de los rehenes, sobre los «planes» para el periodo posterior al final de la guerra «contra Hamás», etc. etc. Pero no se trata sólo de artillería y bombas. La inteligencia, en la guerra moderna, se está convirtiendo cada vez más en el factor decisivo. Después de la masacre del 7 de octubre de 2023 cometida por Hamas, «El Pentágono», escribe The Daily Fact citado de nuevo, «*envió discretamente a varias docenas de soldados de las fuerzas especiales (...). Unos días más tarde, una redada de agentes llegó directamente de Langley, Virginia, la sede de la CIA. Es el propio Biden quien declara la implicación directa de Estados Unidos en la guerra israelo-palestina: «Poco después de las masacres del 7 de octubre, ordené a personal de operaciones especiales y a nuestros profesionales de inteligencia que trabajaran codo con codo con sus homólogos israelíes para ayudar a localizar y seguir la pista de Sinwar y otros dirigentes de Hamás escondidos en Gaza»* (The Daily Fact, citado). En realidad, los profesionales de inteligencia estadounidenses han estado trabajando en todo el teatro de la guerra, tanto para localizar los escondites de los dirigentes de Hamás, y no sólo en Gaza sino también en Teherán y Damasco, y los de Hezbolá en Líbano, como para cartografiar los túneles utilizando drones ultratecnológicos y radares específicos para sondear el subsuelo. En el *quid pro quo* característico de los intercambios burgueses, parece que hasta ahora los estadounidenses han dado a Israel más de lo que Israel ha dado a los estadounidenses, y esto se refiere, más recientemente, a la iniciativa que Tel Aviv ha preparado para atacar a Irán en sus bases militares, petroleras y nucleares, algo que -de momento- la Casa Blanca no quiere porque no está dispuesta a afrontar una guerra en Oriente Medio que implicaría sin duda a Rusia y China, poniendo en cuestión las relaciones con muchos países árabes de Oriente Medio y el Norte de África, con los BRICS y con algunos países europeos que no están perfectamente alineados con la política de la Casa Blanca, como Hungría pero también Fran-

cia y España.

Como suele ocurrir con los asesinos, Israel ha tomado la mano del mandante Estados Unidos, en un intento de imponer su plan del Gran Israel, y parte de este plan es la guerra en Líbano desatada contra las milicias de Hezbolá, pero que, en realidad, al igual que con Gaza, es una guerra contra toda la población civil de Líbano y Beirut, con la que Israel pretende, mientras tanto, ocupar la franja sur de Líbano que va desde el río Litani hasta la actual frontera con Israel. Y es con este objetivo que las IDF israelíes (Fuerzas de Defensa de Israel) atacaron los puestos de Unifil (4) que se encuentran, por mandato de la ONU, justo en la franja fronteriza israelo-libanesa (la llamada Línea Azul) con el objetivo de evitar un enfrentamiento militar entre los ejércitos de ambos países en respeto a la mutua «soberanía territorial», desarmar a las milicias Hezbollah y asistir a la población civil de la zona. Como sabemos, la presencia de los cascos azules de Unifil no ha impedido ni que las milicias de Hezbolá sigan armándose y lanzando cohetes contra las ciudades israelíes cercanas a la frontera, ni que Israel responda no sólo con tropas terrestres sino también con ataques aéreos como viene haciendo últimamente. Está claro que las «misiones de paz» decretadas por las burguesías del mundo reunidas en las Naciones Unidas nunca han sido ni serán capaces de garantizar realmente la paz en territorios en los que los contrastes políticos y militares están siempre a punto de volver a despertar (baste recordar la masacre de musulmanes bosnios en Srebrenica, Bosnia-Herzegovina, a manos de serbios bosnios durante la guerra yugoslava, llevada a cabo bajo la mirada de los cascos azules holandeses cuyo trabajo era protegerlos). La paz nunca ha estado en el ADN de la clase burguesa dominante de ningún país: es un respiro temporal entre enfrentamientos armados y guerras que tienen lugar incluso lejos de los Estados que alardean de «misiones de paz» por todo el mundo.

La guerra que Israel ha extendido también al Líbano no concuerda del todo con los actuales intereses estadounidenses, aunque, tras decapitar a Hamás, Israel consiga hacer lo mismo con Hezbolá, neutralizando en gran medida a las milicias que Irán utiliza para mantener a Tel Aviv bajo constante presión. Como ya se ha dicho, la Casa Blanca no tiene intención de desencadenar ahora una guerra contra Irán que ponga en jaque a todo Oriente Próximo. Demasiados intereses económicos y políticos se verían sacudidos en un momento en que la situación no permitiría a Washington, además bajo elecciones presidenciales, el control suficiente para defender sus intereses en la región. Hasta cierto punto, sin embargo, esta situación -que sería erróneo interpretar como que se le ha

ido de las manos a la Casa Blanca- revela una cierta debilidad por parte de Estados Unidos frente a su vasallo/aliado que, en una zona estratégica de gran importancia como Oriente Medio, está presionando para que se le dé más libertad a la hora de perseguir sus propios intereses específicos. Está claro que Estados Unidos, sin dejar de ser la primera potencia imperialista del mundo, ya no puede estar, como antes, financiera y militarmente presente de manera decisiva en todas las zonas *tempestuosas* del mundo, forzando, en su propio y exclusivo beneficio, la acción de sus aliados de los que, en realidad, los necesitan cada vez más para mantener su posición de primer actor mundial, pero a los que no pueden dejar de conceder una cierta «libertad de acción», aunque esta «libertad de acción» pueda costar a Estados Unidos mucho más de lo esperado en términos no sólo financieros y económicos, sino también políticos y diplomáticos. Y aquí vale la pena recordar cómo interpretaba Moshe Dayan, «el héroe de la Guerra de los Seis Días», la relación que unía a Israel con Estados Unidos: «*Los americanos nos ofrecen dinero, armas y consejos. Nosotros aceptamos el dinero, las armas y rechazamos los consejos*» (5).

Estados Unidos e Israel están en buena compañía...

Hay otros actores importantes a tener en cuenta.

China, como en la «cuestión ucraniana», también respecto a los movimientos de Israel mantiene una actitud ambigua a pesar de haber tenido, y tener, una posición oficial a favor de los «derechos nacionales del pueblo palestino». Por otro lado, nunca ha ocultado su gran interés económico y político en Oriente Medio, cuya estabilidad le permitiría estrechar lazos económicos y comerciales con los distintos países de la zona; es el mayor comprador de petróleo de Irán y Arabia Saudí, con los que se ha comprometido a normalizar sus relaciones recíprocas impulsando un acuerdo firmado por Teherán y Riad el 10 de marzo de 2023 en Pekín. Un acuerdo con el que Riad pretendía reforzar su papel político y militar en un Oriente Próximo cada vez más inestable, mientras que Teherán pretendía volver a tener un papel oficial en las relaciones entre los países de la zona. Este acuerdo, sin embargo, no parece tener la vida fácil dada la situación bélica desatada por Israel contra Gaza y Líbano, lo que pone de manifiesto el conflicto de intereses entre las dos potencias regionales; de hecho, Teherán apoya a los hutíes yemeníes que atacan a los

(sigue en pág. 8)

Oriente medio

(viene de la pág. 7)

buques mercantes estadounidenses en el Mar Rojo y el Golfo de Adén en solidaridad con los palestinos, mientras que Riad apoya al gobierno de Saná y sigue cooperando con Estados Unidos que, por su parte, ha emprendido una verdadera batalla naval contra los hutíes. China, llamada por Riad a intervenir para aliviar las crecientes tensiones con Teherán, reitera en el Consejo de Seguridad de la ONU la necesidad de poner fin a los ataques de los hutíes en el Mar Rojo al mismo tiempo que al bombardeo israelí de Gaza.

Rusia, desde la guerra general de Israel contra Gaza, y ahora también contra el Líbano, ha visto disminuir en general la atención del mundo sobre la guerra en Ucrania (incluso Zelensky se ha dado cuenta de ello), pero ya en octubre de 2023 subrayaba que *«todas las guerras de hoy favorecen a Rusia»*, argumentando que las guerras se han convertido ahora en la norma: *«Mira, todo el mundo está en guerra: Azerbaiyán atacó Armenia y conquistó Karabakh, Hamás arremetió contra Israel y Rusia resuelve sus problemas en Ucrania»*, *«hemos entrado en la era de la inestabilidad y tenemos que acostumbrarnos a ella»* (6). En la práctica, Moscú está diciendo que los conflictos locales no se van a resolver en breve y que la guerra en tal o cual parte del mundo siempre estará presente, en la que, por cierto, las potencias imperialistas están destinadas a implicarse cada vez más. Pero la realidad de las guerras locales, como hemos demostrado repetidamente en nuestra prensa, ha estado presente desde el final de la Segunda Guerra Imperialista Mundial, y las potencias imperialistas rara vez se han mantenido al margen de ella; al contrario, a menudo han sido el origen de la misma.

Rusia no tiene ningún interés en insertarse en una guerra entre Israel y los palestinos de la que se mantiene alejada desde hace décadas; se ha limitado a «condenar» el atentado de Hamás del 7 de octubre de 2023 y a criticar los ataques israelíes en Gaza, pidiendo un alto el fuego desde noviembre del año pasado, al igual que el resto de potencias no implicadas directamente en esta guerra (Brasil, India, etc.). Lo que interesa directamente a Moscú son sus únicas bases militares en el Mediterráneo en Siria, en Hmeimim la aérea y en Tartus la naval, y la relación cada vez más estrecha con Irán con el que existe un intercambio comercial muy fuerte especialmente en suministros militares. La estrecha relación con Irán, por supuesto, ha agriado las relaciones, aunque mutuamente ambiguas, que Moscú mantenía con

Israel, especialmente después de que Israel comenzara a bombardear sistemáticamente Gaza y ampliara recientemente sus operaciones militares al sur del Líbano invadiéndolo de nuevo a partir del pasado 30 de septiembre.

En cuanto a algunas potencias europeas, en el período reciente, como Gran Bretaña y Alemania (7), después de subrayar que están al lado de Israel y de su «derecho a existir y a defenderse», y de entonar el estribillo subsiguiente sobre la «respuesta militar exagerada» de Israel al ataque que sufrió, sobre la necesidad de hacer llegar la ayuda humanitaria a la población civil de Gaza y, por tanto, sobre la necesidad de un alto el fuego para acudir en ayuda de la población civil bombardeada, redujeron drásticamente el suministro de armamento a Israel (8), compartiendo la advertencia a Netanyahu de no ampliar la guerra ni en Líbano ni, mucho menos, en todo Oriente Medio. Ya hemos visto de qué sirvió esta advertencia... la guerra se ha ampliado y las armas y la financiación a Israel siguen llegando gracias a EEUU.

Francia, por su parte, también subrayó hipócritamente el «derecho a defenderse» de Israel y, por tanto, la necesidad de suministrarle armas, pero después de los cañonazos israelíes contra las posiciones de Unifil en Líbano a desplazarse varios kilómetros para permitir a las tropas de Tel Aviv avanzar sobre el terreno para luchar contra las milicias de Hezbolá, declaró, el 5 de octubre, por boca del presidente Macron en una entrevista en la radio France Inter (mientras se producían manifestaciones propalestinas en París, como en toda Europa), que también detendría el suministro de armas: *«Dejen de suministrar a Israel las armas que utiliza contra Gaza. No se lucha contra el terrorismo sacrificando civiles»*, pero luego obligó a Elíseo a precisar que París seguía suministrando *«los componentes necesarios para la defensa de Israel»* (9).

¿Y qué decir del gobierno italiano de Meloni? Alineamiento total en las posiciones de Israel, considerado víctima constante del terrorismo árabe e islámico y, por tanto, justificado en su decidida respuesta militar contra Hamás y sus dirigentes (no importa en qué país se refugien), en Gaza, en primer lugar, y contra las milicias de Hezbolá que siguen lanzando misiles y drones contra Israel desde Líbano. Por supuesto, no faltaron palabras para las víctimas civiles de los bombardeos en Gaza y luego en Líbano, palabras que tienen el mismo sabor agrio que las utilizadas para los migrantes que, cruzando el mar en barcasas huyendo de guerras, opresión, tortura y miseria para llegar a las costas italianas, dejaron que se ahogaran por centenares precisamente porque no fueron resca-

tados por el Estado; palabras que esconden una verdadera satisfacción por el hecho de que los «enemigos», ya sean terroristas de Hamás y Hezbolá o emigrantes empujados por la desesperación a las costas italianas, estén siendo seriamente golpeados. Por supuesto, no faltó la sorpresa al ver que los proyectiles israelíes no sólo iban dirigidos contra Hezbolá y los libaneses, sino también contra los puestos militares italianos de la Unifil: *«¡es inaceptable!»* fueron las palabras más «duras» de Meloni a Tel Aviv..., luego todo sigue como Tel Aviv quiere. Bastan unas pocas palabras del ministro de Exteriores Tajani para entender cuánto les importan las vidas de los civiles palestinos, libaneses, sirios. En el «G7 del Desarrollo» (10) que se celebra en Pescara del 22 al 24 de octubre, presidido por Tajani, éste planteó la habitual cantinela hipócrita a los portavoces de los intereses imperialistas reunidos en torno a esa mesa, a la que también habían invitado a los representantes de Israel, Líbano y la Autoridad Nacional Palestina: *«Hemos reiterado nuestra posición sobre el alto el fuego, pero el tema de la reunión era la ayuda humanitaria. Nos detuvimos en ello [en colocar] la primera tesela de un mosaico para construir la paz»* y, tras anunciar el programa de ayuda italiano de 25 millones de euros para Gaza, Líbano y el proyecto de reconstrucción de Gaza (migajas comparadas con los mil millones que Italia ha dado hasta ahora a Ucrania para la guerra contra Rusia) subraya que *«habrá que pensar también en crear una conferencia como la que hay para la reconstrucción de Ucrania, hacerlo para Gaza, pero también para Líbano y para las partes del norte de Israel que han sido golpeadas»*. Este es el verdadero objetivo de toda burguesía: prepararse para reconstruir las zonas y los países destruidos por la guerra que las propias burguesías dominantes han desencadenado.

Destruir, masacrar, destruir... luego reconstruimos y olvidamos las masacres...

La guerra burguesa siempre significa destrucción y masacres. La burguesía de todos los países se ha convertido en belicista, confirmando lo que Marx y Engels escribieron en 1848 en el *Manifiesto*: la burguesía lucha siempre, al principio contra la aristocracia, más tarde contra las fracciones de la misma burguesía cuyos intereses chocan con el progreso de la industria, y siempre contra la burguesía de todos los países extranjeros. Sólo podemos decir que, a la lucha de la burguesía contra las fracciones de la misma burguesía cuyos intereses chocan con el progreso de la industria, podemos añadir la lucha contra las fracciones de la misma burguesía cu-

yos intereses chocan con los del capitalismo financiero que se ha desarrollado precisamente a través del desarrollo del progreso de la industria. Como en el caso de Ucrania, precisamente, los señores trajeados se frota las manos elaborando planes multimillonarios para reconstruir lo que han destruido. Pero el interés en Gaza y Líbano, disfrazado de humanitarismo para engañar a las poblaciones locales y a los votantes en casa, no sólo reside en el comercio de armas para una guerra que debe durar mucho tiempo, en probar todas las armas de alta tecnología posibles con vistas a una guerra mundial y en comprobar la fiabilidad y firmeza de los aliados de ambos bandos, sino también en asegurarse los grandes yacimientos submarinos de gas natural frente a Gaza y frente a Líbano en un futuro próximo. Para toda potencia imperialista, el control de las fuentes de energía es de vital importancia, convirtiéndose cada vez más en motivo suficiente para hacer la guerra. Huelga decir que Israel -en la visión del Gran Israel, según la Biblia hebrea, que se extiende desde el Mediterráneo hasta el Éufrates -incluyendo así Palestina, Líbano, Siria e Irak- considera estos yacimientos como su «propiedad», al mismo nivel que Turquía por los yacimientos encontrados frente a Chipre. La transición energética de los combustibles fósiles a las energías renovables lleva décadas y décadas, pero el capitalismo no espera; mientras dice a los pueblos que trabaja por la transición energética y lucha contra el calentamiento global, gasta miles de millones en la exploración y extracción de petróleo y gas, demostrando que es un modo de producción consagrado a la destrucción de la vida natural y social del planeta.

Será la lucha revolucionaria del proletariado la que ponga fin a las guerras burguesas y derribe su poder político

¿Cómo detener este modo de producción que sólo garantiza grados cada vez más altos de contaminación y masacres cada vez mayores?

El capitalismo, en su desarrollo desenfrenado e incontrolable, ha creado, no obstante, las condiciones históricas objetivas para un nuevo salto histórico: ha creado el trabajo asociado en la industria y el trabajo asalariado -es decir, la clase del proletariado, los apátridas, los sin reserva- que, en comparación con los modos de producción anteriores, han significado un avance revolucionario muy poderoso en el desarrollo de la vida social, pero que, en comparación con las exigencias generales de la vida social y del bienestar para toda la humanidad, representan, al mismo tiempo, un obstá-

culo para cualquier progreso humano real. Las crisis cíclicas y bélicas en las que se sumerge la sociedad burguesa son prueba de ello. Pero es la clase de los sin reservas, de los sin Estado, la clase internacional del proletariado, con su lucha a vida o muerte, la que tiene la tarea histórica que tuvo la clase burguesa de 1.600 a 1.800: revolucionar toda la sociedad de arriba abajo.

Sólo que la nueva sociedad que surgirá de la revolución del proletariado ya no tendrá la tarea de crear permanentemente una clase dominante y clases dominadas, ya no se basará en la opresión de una gran mayoría de seres humanos por una pequeña minoría de grandes capitalistas, y ya no necesitará administrar la vida social mediante el dinero, la producción de mercancías y la producción y reproducción de la clase de los trabajadores sometidos a la dictadura del capital. Utilizará el gran progreso industrial para orientarlo esencialmente a la satisfacción de las necesidades de la vida social y al bienestar de toda la humanidad según una planificación inteligente de los recursos naturales y humanos, en armonía con las leyes de la naturaleza de la que el hombre forma parte. Los marxistas llaman comunismo a esta sociedad del mañana, pero llegar a ella exigirá el derrocamiento completo del actual poder burgués de la potencia imperialista de los países más fuertes. El capitalismo no puede ser reformado, no existe un capitalismo con rostro humano: existe un capitalismo con sus opresiones, sus desigualdades, sus guerras, que sigue durando a condición de aplastar al proletariado en la miseria y la desesperación. Pero es de esa miseria, de esa desesperación de la que el proletariado se dará cuenta en algún momento y que ya no tolerará, porque no verá otra salida que hacer saltar por los aires todos los equilibrios y desequilibrios de la sociedad burguesa, seguro de que la nueva sociedad a la que se entregará, bajo la dirección de su partido de clase, representará verdaderamente el futuro no sólo del proletariado, sino de la humanidad social, que ya no se clasificará por categorías laborales porque todos serán simplemente trabajadores, ya no asalariados, ya no dependientes de la producción mercantil y del capital.

23 de octubre de 2024

NOTAS:

(1) Sobre este tema, véase la reciente reimpresión de «il comunista», nº 19, sobre Oriente Medio y la cuestión palestina.

(2) Véase <http://www.ispionline.it/it/publicazione/usa-cina-russia-e-gli-altri-come-si-schiera-il-mondo-nella-guerra-hamas-israele-151114>.

(3) Véase <https://www.fiammanirenstein.com/articoli/il-discorso-si-netanyahu-all-onu-tutto-nerl-campodella-pace-5048.htm> (il Giornale, 23 de septiembre de 2023); y <https://www.valigiablu.it/relazioni-netanyahu-hamas/28> de noviembre de 2023.

(4) Últimas noticias: según el Financial Times, recogido por il fatto quotidiano del 23.10.2024, se sospecha que el ejército israelí «utilizó fósforo blanco, un producto químico incendiario, lo suficientemente cerca como para herir a 15 miembros de las fuerzas de paz», tras conocer el informe «elaborado por un país que suministra tropas a Unifil»; el país sería Ghana, que con sus tropas se sitúa junto al puesto de Unifil confiado a Italia

(5) Véase La Noche de Israel, Limes, Revista Geopolítica Italiana, septiembre de 2024, p. 15.

(6) Véase <https://www.asianews.it/notizie-it/La-Russia-tra-Israele-e-Palestina-59353.html>

(7) El canciller Scholz, pocos días después del inicio de la guerra contra Gaza, declaró: «En este momento, Alemania sólo tiene un lugar, y es al lado de Israel. La historia de Alemania y su responsabilidad en el Holocausto nos obligan a mantener la seguridad y la existencia de Israel», <https://it.euronews.com/2024/02/16/la-germania-puo-essere-imparziale-sulla-guerra-a-gaza>.

(8) Cf. <https://it.indideover.com/guerra-dopo-la-gran-bretagna-anche-la-germania-decide-niente-piu-armi-a-israele.html> 19 de septiembre de 2024.

(9) Véase The Daily Fact, 6 de octubre de 2024.

(10) Véase <https://askanews.it/2024/10/22/nuovi-aiuti-e-ricostruzione-la-via-italiana-per-gaza-e-il-libano/>

Lenin en el camino de la revolución

(Conferencia pronunciada por Amadeo Bordiga en la Casa del Popolo, Roma, 24 de febrero de 1924).

Textos del partido N° 8, Noviembre de 2022, A5, 30 páginas.

Sumario

€Introducción

- €Lenin en el camino de la revolución
- El restaurador de la teoría marxista
- El realizador de la política marxista
- El pretendido oportunismo táctico de Lenin
- Nuestras perspectivas futuras

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

Crecida y desbordamiento de la civilización burguesa

Las inundaciones del valle del Po y el confuso debate sobre sus causas y sobre la responsabilidad de las organizaciones y entes que no supieron defenderse, con todas las empalagosas acusaciones recíprocas de «especular» con la desgracia, ponen en tela de juicio una de las falsas opiniones más extendidas y comunes a todos los contendientes: la sociedad capitalista contemporánea, con el correlativo desarrollo de la ciencia, la tecnología y la producción, coloca a la especie humana en la mejor posición para luchar contra las dificultades del medio natural. De ahí *la culpa* contingente del gobierno y del partido A y B en su incapacidad para explotar este magnífico potencial a su disposición, en sus erróneas y culpables medidas administrativas y políticas. De ahí el no menos clásico: quítate tú para ponerme yo.

Si bien es cierto que el potencial industrial y económico del mundo capitalista aumenta y no se desinfla, no es menos cierto que cuanto mayor es su virulencia, peores son las condiciones de vida de la masa humana frente a los cataclismos naturales e históricos. A diferencia de las crecidas periódicas de los ríos, el crecimiento de la acumulación frenética del capitalismo no tiene como perspectiva el decrecimiento de una «*curva descendente*» de las lecturas del hidrómetro, sino la catástrofe de la destrucción.

Ayer

Existe una estrecha relación entre el desarrollo milenario de las técnicas de trabajo del hombre y su relación con el entorno natural. El hombre primitivo, como el animal, cosecha y consume frutos con la simple operación preñil, y como el animal, huye sin control ante la perturbación de un fenómeno natural que amenaza su vida. Del mismo modo que la producción artificial de productos para el consumo, y la acumulación de reservas de los mismos productos y utensilios, le obligan a sedentarizarse, también le obligan a defenderse de las amenazas de los fenómenos meteorológicos y de las alteraciones naturales. Esa defensa, no muy distinta de la que se hace contra otros grupos que compiten por el mejor asentamiento, o contra las amenazas de sus reservas acumuladas, sólo puede ser colectiva. De estas necesidades colectivas, como hemos visto tantas veces, surge la división de clases y la explotación por parte de los gobernantes.

En Marx, «el modo de producción capitalista presupone la dominación del

hombre sobre la naturaleza». También presupone la guerra de la naturaleza contra el hombre. Una naturaleza demasiado generosa y pródiga no sería un entorno favorable para el auge del capitalismo:

«No es la fertilidad absoluta del suelo, sino su diferenciación, la multiplicidad de sus productos naturales, lo que constituye la base natural de la división social del trabajo (...). En la historia de la industria, lo más decisivo es la necesidad de controlar socialmente una fuerza natural, y así economizarla, apropiársela por primera vez o domesticarla a gran escala mediante obras de la mano del hombre. Así, la regulación del agua en Egipto, Lombardía, Holanda, etc., o en la India, Persia, etc., donde el riego por medio de canales artificiales aporta al suelo no sólo el agua indispensable sino también, al mismo tiempo, con los depósitos de lodo que el agua arrastra consigo desde las montañas, abono mineral. El secreto del florecimiento industrial de España y Sicilia bajo la dominación árabe fue la canalización.

[En nota]: Una de las bases materiales del poder estatal sobre pequeñas masas de producción inconexas fue en la India la regulación de la afluencia de agua. Los gobernantes mahometanos de la India entendieron esto mejor que sus sucesores británicos. Recordemos sólo la hambruna de 1866, que costó la vida a más de un millón de hindúes en el distrito de Orissa, gobierno de Bengala».

Es bien sabido que tales hambrunas son muy recientes, a pesar del inmenso potencial capitalista del mundo... La lucha contra la naturaleza engendra *la industria*, y el hombre vive de los dos elementos sagrados de Dante: *la naturaleza* y el *arte* (el tercero es Dios). El capitalismo genera a partir de la industria la explotación del hombre. El burgués no abomina de la violencia contra Dios, la naturaleza y el arte.

El alto capitalismo ultramoderno marca serios puntos de retroceso en la lucha defensiva contra la agresión de las fuerzas naturales a la especie humana, y las razones son estrictamente sociales y de clase, hasta el punto de invertir la ventaja derivada del progreso de la ciencia teórica y aplicada. Esperemos a culparle por haber exasperado la intensidad de las lluvias meteóricas con estallidos atómicos, o mañana «burlarse» de la naturaleza hasta el punto de arriesgarse a hacer inhabitable la tierra y su atmósfera, y quizás reventar su mismo esqueleto por haber desencadenado «reacciones en cadena» en los complejos nucleares de todos los elementos. Por ahora, establezcamos una ley económica y so-

cial de paralelismo entre su mayor eficacia en la explotación del trabajo y la vida de los hombres, y su eficacia decreciente en la defensa racional contra el medio natural, entendido en su sentido más amplio.

La corteza terrestre se modifica por procesos geológicos que el hombre aprende a conocer cada vez mejor y a atribuir cada vez menos a las volutas misteriosas de poderes iracundos, y que dentro de unos límites determinados aprende a corregir y controlar. Cuando, en tiempos prehistóricos, el valle del Po era una inmensa laguna donde el Adriático bañaba las estribaciones de los Alpes, los primeros habitantes, que evidentemente no tuvieron la suerte de poder obtener los «medios anfibios» de la caridad americana, ocupaban viviendas construidas sobre palafitos que se elevaban sobre el agua. Era la civilización 'terramare', de la que Venecia es una lejana evolución: ¡demasiado simple para basar en ella los 'negocios de reconstrucción' y los contratos de suministro de madera! Con la inundación, la vivienda sobre palafitos no se derrumbaba: las casas modernas de mampostería se derrumban: sin embargo, ¡de qué medios se dispondría hoy para construir casas, carreteras y ferrocarriles colgantes! Bastarían para garantizar la seguridad de la población. ¡Utopía! La cuenta de pérdidas y ganancias no cuadra, mientras que suma doscientos mil millones con las obras de reparación y reconstrucción.

En tiempos históricos, los primeros diques del Po se remontan nada menos que a los etruscos. Durante siglos y siglos, el proceso natural de degradación de las laderas de las montañas y el transporte en aluvión de los materiales suspendidos en las aguas corrientes habían formado las inmensas y fértiles tierras bajas, y era necesario asegurar la permanencia de las poblaciones agrícolas. Las poblaciones y regímenes posteriores siguieron construyendo altos terraplenes a los lados del gran río, pero esto no impidió los inmensos cataclismos por los que el río cambiaba su curso. Es a partir del siglo V cuando el cauce del Po, cerca de Guastalla, saltó a un nuevo curso, que era entonces el del último tramo del Oglio, afluente por la izquierda.

En el siglo XIII, en el tramo hacia la desembocadura, el gran río abandona la rama meridional del vasto delta, el actual «Po di Volano» secundario, y desemboca en su cauce actual desde Pontelagoscuro hasta el mar. Estos temibles «saltos» se producen siempre de sur a norte. Una ley general querría atribuir a todos los ríos del planeta esta tendencia a desplazarse hacia el polo, por razones geofísicas. Pero en el caso del Po, la ley es evidente, debido a la naturaleza muy diferente de los afluentes izquierdo y derecho. Los primeros proceden de los Alpes y son cursos de agua cla-

ros, que se han detenido en los grandes lagos, y que tienen sus máximas crecidas no en correspondencia con lluvias torrenciales, sino con el deshielo primaveral de los glaciares. Por lo tanto, estos afluentes, en principio, no aportan turbidez ni depósitos de arena al lecho del río principal. En cambio, desde el sur, desde los Apeninos, los afluentes cortos y torrenciales de la derecha, con un marcado estiaje, derraman los escombros de la erosión montañosa y sepultan el lecho del Po por la derecha, que ocasionalmente escapa del obstáculo y fluye más al norte.

No hace falta ser chovinista para saber que la ciencia de la hidráulica fluvial nació de este problema, que durante siglos ha venido planteando el de la utilidad y función de los diques, y conectándolo con el de la distribución en canales del agua de regadío, y luego con la navegación fluvial. Tras las obras romanas, tenemos noticias de los primeros canales en el valle del Po a partir de 1037. Tras la victoria de Legnano, los milaneses llevaron el Naviglio Grande hasta Abbiategrasso, que se hizo navegable en 1271. Surgió así la agricultura capitalista, la primera de Europa, y las grandes obras hidráulicas corrieron a cargo de los poderes del Estado: desde los canales de Conche, estudiados por el genio de Leonardo, que también estableció normas para el régimen fluvial, hasta el canal Cavour, iniciado en 1860.

La construcción de diques para contener los ríos plantea un problema importante: el de los ríos colgantes. Mientras que los ríos alpinos, como el Ticino y el Adda, están en gran parte encajados entre riberas naturales, los afluentes de la derecha y el Po a partir de Cremona son ríos *colgantes*. Esto significa que el nivel del agua, no sólo, sino también el lecho del río, es más alto que el paisaje circundante. Los diques impiden que queden sumergidos, y un canal de drenaje paralelo al del río recoge las aguas locales y las devuelve aguas abajo al propio río: son las grandes recuperaciones de tierras; y a medida que se acercan al mar, la desviación se produce por medios mecánicos, hasta mantener secas zonas que se encuentran a un nivel inferior no sólo al del río, sino al del propio mar. Todo el Polesine es una inmensa *llanura*: Adria está a 4 metros sobre el nivel del mar; Rovigo a 5; a su altura el lecho del Po es más alto, y aún más alto el del Adige. Es evidente que una ruptura de las orillas transformaría toda la provincia de Rovigo en un inmenso lago.

Uno de los principales debates entre los ingenieros hidráulicos es si la elevación del lecho de los ríos es progresiva. Los franceses lo afirmaban hace un siglo, los maestros de la hidráulica italiana se oponían, y aún hoy se debate en las conferencias. Sin embar-

go, no se puede negar que las aguas turbias del río, con sus deposiciones, empujan la desembocadura, prolongándola hacia el mar, aunque no se detengan en los últimos tramos del lecho fluvial. Como resultado de este proceso incessante, la pendiente del lecho del río y de la superficie del agua no puede sino disminuir, y por ley hidráulica la velocidad de la corriente al mismo caudal: así, la necesidad de elevar las orillas parece históricamente indefinida e inexorable, y el carácter desastroso de cualquier desbordamiento también progresivo.

En este campo, la disponibilidad de medios mecánicos modernos ha contribuido a la difusión del método de explotar grandes extensiones de suelo fértil, manteniéndolo mediante un continuo agotamiento en seco. El riesgo de los ocupantes y de los trabajadores es relativo en una economía de beneficio, y el perjuicio de la posible destrucción de las obras se ve contrarrestado, por una parte, por la fertilización que sigue a las invasiones de limo y, por otra, por el factor económico: trabajar es siempre un *asunto* capitalista.

En la época moderna, la clásica recuperación de tierras se generalizó a lo largo de todo el litoral italiano de llanura: alternativamente, se dejaba que las aguas fluviales se desbordaran en grandes cuencas de almacenamiento cuyo nivel subía lentamente, con la doble ventaja de no dejar que las tierras útiles y fértiles fueran a parar al mar y de poner extensiones cada vez mayores a salvo de inundaciones y futuras enfermedades. Este sistema racional resultó ser demasiado lento para las necesidades de inversión de capital. Otro argumento tendencioso se extraía y se extrae de la densidad de población cada vez mayor, que no permite la pérdida de tierras útiles. Así, se destruyeron casi todas las antiguas reclamaciones estudiadas con paciencia y exacta nivelación de fontaneros de los regímenes austriaco, toscano, borbónico, etc.

Es evidente que, al tener que decidir hoy entre las diversas soluciones radicales a los problemas, no sólo se choca con la incapacidad del capitalismo para mirar lejos en la transmisión de las plantas de generación en generación, sino también con los fuertes intereses locales de los productores agrarios e industriales que tienen interés en que no se vean afectadas determinadas zonas, y apelan al apego de las poblaciones miserables a sus inhóspitos emplazamientos. Hace tiempo que se preconizan soluciones para crear «desvíos» hacia el Po.

Un estudio de este tipo es siempre muy difícil debido a la incertidumbre de los resultados con respecto a las previsiones, lo que supone un gran inconveniente para los negocios. Una solución, hacia la derecha, consiste en un corte desde Pontelagoscuro hasta los valles o

lagunas de Comacchio: el canal artificial correspondiente reduciría la longitud del cauce actual hasta el mar a un tercio aproximadamente. Una solución de este tipo perturbaría las grandes inversiones en la recuperación de tierras de Ferrara, así como la industria piscícola, y encontraría resistencia. Sin embargo, no habría menos resistencia si las soluciones fueran con una visión más larga, más acorde -quizás- con el proceso natural, hacia una reunión de los cursos del Po y del Adigio entre los que se despliega el bajo Polesana, creando en el *Thalwegde* este último, hoy atravesado por una red de pequeños cauces, un gran colector, y quizás en el futuro un desvío de uno de los dos ríos si no de ambos.

En la época burguesa, un estudio de este tipo no conduciría a una investigación positiva, sino a dos «políticas», de *izquierdas* y de *derechas*, con respecto al Po, con el conflicto asociado de los grupos especulativos.

Hoy

Es discutible si la catástrofe actual, en la que algunos ven ya la formación natural de una gran marisma estable y el desplazamiento del lecho del Po con el desmembramiento total de la orilla norte, es el resultado de una acumulación excepcional de lluvias y otras causas naturales, o de la impericia y la falta de los hombres y los administradores. Es indiscutible que la sucesión de guerras y crisis ha llevado a descuidar durante decenios los difíciles servicios de supervisión técnica y mantenimiento de los diques, el dragado en caso necesario de los cauces, así como el arreglo de las cuencas de alta montaña cuya deforestación provoca una mayor y más rápida recogida del agua de lluvia en las crecidas y una mayor afluencia de materiales en suspensión a los cursos bajos.

Con la tendencia que prevalece hoy en día en la ciencia y la organización técnica oficial, también resulta difícil recopilar y comparar los datos pluviométricos (cantidad de lluvia caída en varios días en la cuenca que alimenta el río) e hidrométricos (alturas del agua en los hidrómetros, caudal máximo del curso de agua) con los del pasado. En la actualidad, los cargos y científicos respetados emiten dictámenes en función de la necesidad política y la razón de Estado, es decir, según el efecto que vayan a tener, y las cifras están sujetas a todo tipo de sesgos. Se puede, por otra parte, creer bien lo que dice la corriente de la crítica, que las estaciones de observación destruidas por la guerra ni siquiera han sido reconstruidas; y también es de creer que nuestra burocracia técnica actual trabaja sobre viejos mapas que pasan de copia en copia; y se arrastran alrededor de las mesas de personal técnico depen-

(sigue en pág. 12)

Crecida y desbordamiento

(viene de la pág. 11)

diente y desgano; y no pone al día los levantamientos y las difíciles nivelaciones y operaciones geodésicas de precisión que permiten conectar los diversos datos del fenómeno: vive en todos los campos de mapas que cumplen las normas de las circulares en formato y color, pero que no dan un duro por la realidad física. Las cifras que se dan aquí y allá en la gran prensa no se pueden seguir: es fácil culpar a los periodistas que lo saben todo y nada.

Por lo tanto, queda por ver -y bien podría intentarse con movimientos que tengan grandes medios y grandes bases- si la intensidad de las precipitaciones fue realmente superior a la de un siglo de observaciones: es lícito dudar. Lo mismo cabe decir de las lecturas hidrométricas del nivel máximo alcanzado por las aguas y de los máximos de caudal: es fácil afirmar que el máximo históricamente conocido en Pontelagoscuro de 11 mil metros cúbicos por segundo ha pasado a 13 mil en estos días. En 1917 y 1926 hubo, con consecuencias incomparablemente menores, crecidas muy altas, también en primavera, y en Piacenza se elevaron a 13.800 metros por segundo.

Demos por sentado, sin más, que las lluvias fueron de una intensidad sin precedentes, y que la catástrofe fue causada sobre todo por la larga carencia de los servicios necesarios y la omisión de obras de mantenimiento y mejora, en relación con las menores sumas que la administración pública destinaba a estos fines y la forma en que se utilizaban, en comparación con el pasado.

Se trata de dar a estos hechos una causa, que debe ser y es social e histórica, y que es pueril remontar a «falsas maniobras» de quienes estuvieron o están hoy en las palancas de la máquina estatal italiana. Además, no se trata sólo de un fenómeno italiano, sino de un fenómeno de todos los países: el desorden administrativo, los robos, el furor de la especulación en las decisiones de la máquina pública, son hoy denunciados por los propios conservadores, y en América también han sido vinculados a desastres públicos: incluso allí, ciudades ultramodernas de Kansas y Missouri han sido increíblemente maltratadas por ríos mal regulados.

Dos conceptos erróneos subyacen a una crítica como la que hemos mencionado: uno es que la lucha para volver de la dictadura fascista dentro de la burguesía (la dictadura de la burguesía siempre ha estado ahí desde que ganó su *libertad*) a la democracia exteriormente multipartidista, tenía como objetivo la mejor administración; mientras que estaba claro que tenía que conducir y ha conducido a una administración peor. Y

de esto son culpables TODOS los miembros del gran bloque de los Comités de Liberación Nacional.

El otro concepto erróneo es el de creer que la forma totalitaria de régimen capitalista (de la que el fascismo italiano fue el primer gran ensayo) tiene como contenido el control por parte de la burocracia estatal de las iniciativas autónomas de emprendimiento la especulación. Por el contrario, esa forma es, en cierta etapa, una condición para la supervivencia del capitalismo y del poder de la clase burguesa, que concentra las fuerzas antirrevolucionarias en la máquina estatal, pero hace que la máquina administrativa sea más débil y manipulable por los intereses especulativos.

Aquí es necesario echar un vistazo a la historia de la máquina de la administración italiana, desde el momento de la consecución de la unidad nacional. Al principio funcionó bien y tenía poderes fuertes. Concurrieron todas las circunstancias favorables. La joven burguesía, para llegar al poder y hacer valer sus intereses, había tenido que pasar por una fase heroica y afrontar sacrificios, de modo que los elementos individuales estaban todavía dispuestos a trabajar duro y se sentían menos atraídos por el beneficio inmediato que no podía mostrarse a la luz del día. Necesitaba un entusiasmo aún más compacto para liquidar la resistencia de los viejos poderes y la oxidada maquinaria estatal de las diversas partes en que antes estaba dividido políticamente el país.

No había división apreciable en partidos, gobernando el partido único de la revolución liberal (virgen en la fecha de 1860, golfa en la de 1943), con la aquiescencia descarada de los mismos pocos republicanos, y aún no había surgido ningún movimiento obrero. El engaño tuvo que empezar con el *transformismo* bipartidista de 1876. La columna vertebral de la burocracia que venía del Piamonte, en esencia siguiendo a las fuerzas militares de ocupación, gozaba de una verdadera dictadura sobre los elementos locales, y los opositores autocráticos o clericales estaban en la práctica bajo el peso de leyes excepcionales... por ser culpables de antiliberalismo. En tales condiciones, se construyó una máquina administrativa joven, consciente y honesta.

A medida que el sistema capitalista se desarrolla en profundidad y extensión, la burocracia sufre un doble asalto a su hegemonía incorrupta. En el terreno económico, los grandes empresarios de las obras públicas y de los sectores productivos asistidos por el Estado levantan cabeza. Al mismo tiempo, en el ámbito político, la extensión de la corrupta costumbre parlamentaria hace que cada día intervengan «representantes del pueblo» para presionar sobre las decisiones de la maquinaria ejecutiva y de la administración general, que antes

funcionaba con estricta impersonalidad e imparcialidad.

Las obras públicas que antes eran estudiadas por los mejores expertos, ingenuamente contentos de tener un pan seguro como funcionarios del gobierno, y completamente independientes en sus juicios y opiniones, empiezan a ser impuestas por los ejecutores: son las clásicas caravanas que empieza a circular. La máquina del gasto estatal se vuelve tanto menos útil para la comunidad cuanto más onerosa se vuelve.

Este proceso florece en el periodo giolittiano (1), aunque la situación de mejora de la prosperidad económica hace que los daños sean menos evidentes. Este sistema, y ahí reside la obra maestra política, enreda lentamente al naciente partido obrero. Precisamente porque en Italia abunda la mano de obra y escasea el capital, se invoca por todos lados al Estado patronal, y el diputado que quiere los votos de la circunscripción industrial o agraria sube las escaleras de los ministerios en busca de la panacea: ¡obras públicas!

Después de la Primera Gran Guerra, aunque «ganada», la burguesía italiana vio cambiar demasiado todas las condiciones halagüeñas de los tiempos heroicos, y sobrevino el fascismo. La concentración de la fuerza policial del Estado, junto con la concentración del control de casi todos los sectores de la economía, evita simultáneamente la explosión de levantamientos radicales de las masas y asegura a la clase rica la libre maniobra especulativa, siempre que se dote de un único centro de clase, que enmarque su política de gobierno. Todo empresario mediano y pequeño se ve obligado a las concesiones reformistas invocadas en largas luchas por las organizaciones obreras, que (como de costumbre) se autodestruyen robándoles su programa; con todo ello, mientras se favorece la alta concentración capitalista, se pacifica la situación interna. La forma totalitaria permite al capital poner en práctica el engaño reformista de las décadas anteriores, secundando la colaboración de clases prevista por los traidores del partido revolucionario.

Las maniobras de la máquina estatal y la propia legislación especial se ponen al servicio descarado de las iniciativas empresariales. De un derecho técnico -por volver a nuestro supuesto de partida, que trataba de los ríos- que había tenido algunas verdaderas obras maestras hacia 1865, se pasa a un verdadero pozo negro de despropósitos abierto a todas las maniobras, y el funcionario queda reducido a una marioneta del gran capital. Los servicios hidrológicos figuran precisamente entre los que patalean contra el ideal de la famosa *iniciativa privada*, exigen un sistema unitario y plenos poderes: tenían tradiciones muy importantes. Jacini (2) escribía en 1857: *la razón civil del agua*

encontró un tratadista inmortal en Giandomenico Romagnosi. En resumen, la administración y la técnica burguesas tenían ya entonces fines de clase, pero eran un asunto serio: hoy son una nimiedad.

De ahí la tendencia que ha determinado la degeneración más que el progreso del sistema de defensa hidráulica del valle del Po: un proceso que no concierne a un solo partido ni a una sola nación, sino a las vicisitudes seculares de un régimen de clase.

En pocas palabras, mientras que antaño la burocracia -independiente si no omnipotente- estudiaba sus proyectos en el tablero de dibujo y luego llamaba a las «empresas» de contratación pública y, negándoles incluso tazas de café, las instaba a una ejecución rigurosa, con lo que en principio la elección de las obras a las que dedicar créditos se hacía según criterios generales; hoy la relación es inversa. Débil y servil, la burocracia técnica dispone de los proyectos elaborados por las propias empresas y los pasa sin apenas mirarlos, y las empresas eligen obviamente las obras que ofrecen beneficios, y abandonan las obras delicadas que implican un compromiso serio y un gasto mayor.

El hecho moral no está en la raíz de esto, ni siquiera que por regla general el funcionario sucumba al soborno de las altas esferas. Es que si un funcionario se resiste, no sólo su trabajo se hace diez veces más pesado, sino que los intereses contra los que choca movilizan en su contra una influencia partidista decisiva en los altos círculos de los ministerios de los que depende. Antes ascendía el técnico más capaz, hoy el más hábil para moverse dentro de esta red.

Cuando el unipartidismo fascista dio paso a un multipartidismo desconocido en la propia Italia de Giolitti, al perfecto modelo inglés de constitucionalismo (en la medida en que nunca tuvimos diez partidos abiertamente dispuestos a gobernar en la Constitución, sino a lo sumo dos o tres) el mal se agravó. ¡Se suponía que los ejércitos aliados traerían de vuelta a los expertos y honrados! Qué insensata expectativa la de tantos y tantos: el nuevo cambio de guardia dio la peor de las guardias, como a orillas del valle del Po.

Es muy sintomático para el diagnóstico de la fase actual del régimen capitalista que un alto funcionario del Consejo Superior de Obras Públicas haya dicho que los servicios de guardias de inundaciones fallado en el momento necesario: es el único fin para el que se les paga permanentemente; éste es el estilo de la burocracia moderna (¡pues algunos pretendían ser la nueva clase dominante! Las clases dirigentes llegan con la mandíbula abierta, pero no con el corazón tembloroso).

No menos interesante es lo que escribió Alberto de Stefani bajo el título:

Il governo del Po. Tras hacer un poco de historia de las disposiciones relativas en el pasado, cita la opinión de escritores de revistas técnicas:

«*Nunca se insistirá lo suficiente en la necesidad de reaccionar ante el sistema de concentración de la actividad de las oficinas exclusiva o casi exclusivamente en el diseño y ejecución de grandes obras*»

De Stefani no ve el alcance radical de tal crítica, deplora el descuido de la conservación y el mantenimiento de las obras existentes y de los planes para otras nuevas; cita otros pasajes:

«*Se están gastando decenas de miles de millones como consecuencia de las inundaciones (y mañana centenares de miles) tras escatimar y negar sistemáticamente los escasos fondos para obras de mantenimiento e incluso cierres de rutas*».

Esto parece haber ocurrido con el Rin. Un economista del calibre de de Stefani se sale con la suya diciendo:

«*Todos carecemos de espíritu conservador debido a la abundancia de imaginación incontrolada*».

¿Se trata entonces de una cuestión de psicología nacional? De eso nada, es cosa de la producción capitalista. El capital está ahora incapacitado para la función social de transmitir el trabajo de la generación actual a las generaciones futuras y utilizar para ello el trabajo de las generaciones pasadas. No quiere contratos de mantenimiento, sino gigantescos negocios de construcción: para hacerlos posibles, los cataclismos de la naturaleza no son suficientes, el capital crea, por necesidad ineludible, los humanos, y hace de la reconstrucción de posguerra «*el negocio del siglo*».

Estos conceptos deben aplicarse a la crítica de la posición baja y demagógica de los llamados partidos obreros italianos. Dad a la especulación y a la empresa capitalista que invierta en obras hidráulicas el capital de los pedidos de armamento, y las utilizará (salvo para poner en crisis a los pseudo-rojos de los centros metalúrgicos, si la cosa se hiciera de verdad) en el mismo estilo; engañando y especulando al mil por mil, y levantando el vaso ante la llegada, si no de la próxima guerra, de la próxima inundación.

Incluso el inmenso río de la historia humana tiene sus crecidas irresistibles y amenazadoras. Cuando la ola se levanta, ruge contra las dos orillas que la constriñen: a la derecha, la conformista, de preservación de las formas existentes y tradicionales; y a lo largo de ella, los curas salmodian en procesión, los policías y gendarmes patrullan, los pro-

fesores y narradores de mentiras oficiales y escolasticismo de clase parlotean.

La orilla izquierda es la reformista, y en ella se agolpan los «populares», los mercaderes del oportunismo, los parlamentarios y los organizadores progresistas; intercambiando insultos a través de la corriente, ambos desfiles dicen tener la receta para que el caudaloso río siga su camino encauzado y forzado.

Pero en los grandes puntos de inflexión, la corriente rompe todas las ataduras, sale de su lecho y «salta», como lo hizo el Po en Guastalla y Volano, sobre un curso inesperado, barriendo las dos sórdidas bandas con la ola imparable de la revolución que destruye toda antigua forma de dique, dando tanto a la sociedad como a la tierra con un nuevo rostro.

De «*Battaglia Comunista*» n° 23 del 5 al 19 de diciembre de 1951.

NOTAS

(1) Actitud política y social inspirada en el liberal Giovanni Giolitti - jefe del gobierno italiano casi ininterrumpidamente de 1903 a 1914, y luego de nuevo tras la Primera Guerra Mundial- por su decisión y alta de escrúpulos en los métodos de gobierno.

(2) Stefano Jacini (1826-1891) fue un autor italiano cuya familia poseía una explotación agrícola grande y rentable y una fábrica de hilado de lino y seda en la provincia de Cremona. Su obra más importante, *La proprietà fondiaria e le popolazioni agricole in Lombardia*, publicada en 1854, reeditada en 1856 y, mejorada, en 1857, es la obra a la que Amadeo se refiere en el hilo del tiempo.

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 € £ 3; 8FS;
América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 € £ 2; 8FS;
América Latina.:US\$ 1,5; USA-Cdn:US\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 € 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América
Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 € £ 1, 3 CHF.

Una nueva publicación del Partido: los *Quaderni de il comunista*

Introducción

La publicación, en italiano, de los «Quaderni de «il comunista»» responde a la necesidad de dotar al partido de un nuevo medio de propaganda de la teoría marxista y de las batallas de clase que han caracterizado toda la trayectoria histórica de la Izquierda Comunista de Italia, basándose en los acontecimientos históricos más relevantes y en las «cuestiones» en las que necesariamente debe centrarse la batalla política para que surjan posiciones comunistas inequívocamente revolucionarias, tanto frente al mundo capitalista burgués como frente al movimiento proletario internacional, en la lucha contra cualquier desviación oportunista del curso revolucionario correcto.

En su larga historia, el partido también sacó una revista que llevaba el título de Prometeo, tomado del nombre de la antigua cabecera de la corriente izquierdista del Partido Comunista de Italia que salió en 1924 (y en la que Amadeo Bordiga colaboraba regularmente) y que volvió a identificar la actividad en el extranjero de los camaradas vinculados a la corriente de izquierda del Partido Comunista de Italia como órgano de la Fracción de Izquierda del Partido Comunista de Italia (1928-1938) y la de los grupos de camaradas de la izquierda comunista en Italia durante la guerra entre 1943 y 1945. Reanudó su publicación regular como revista del Partido Comunista Internacionalista desde julio de 1946 hasta julio-septiembre de 1952, cuando la escisión con el grupo que se quedó con «Bataglia Comunista» quitó al partido, además del periódico, la revista «Prometeo».

A partir de octubre de 1952, el partido saldría regularmente con el periódico «il programma comunista»; en mayo de 1953 saldría con un dossier titulado «Sobre el hilo del tiempo» en el que se reunía el resumen de todas las reuniones generales del partido celebradas desde abril de 1951 hasta abril de 1953, demostrando la continuidad ideológica, además de organizativa, del partido que, de esta forma, más allá de la escisión, continuaba su actividad sin verse detenido y distraído por los sucesos acontecimientos que caracterizaron la escisión. Este número podría haber sido el primero de una nueva revista del partido, pero, en realidad, ni las fuerzas físicas ni las financieras le permitieron cumplir esta tarea. Así, el periódico «il programma comunista»; combinaría tanto la función de periódico del partido como la de revista, informando sobre las reuniones generales y los amplios debates, tanto teóricos como políticos, que podrían ser el contenido de una revis-

ta. En 1957, sobre la base de una actividad de reconquista teórico-política del marxismo llevada a cabo por algunos grupos de camaradas en Francia en los años anteriores, ligada al estudio en profundidad de las tesis y posiciones de la corriente Izquierda Comunista del Partido Comunista de Italia, y habiendo tomado contacto con nuestro partido en Italia, comenzó a publicarse una revista titulada *programme communiste*: el vínculo con el partido era evidente, tanto en el título como en la publicación regular de «Ce qui nous distingue» en cada número. Su tarea consistía en presentar el desarrollo de una actividad que adquiriría el carácter de «actividad de partido» aunque todavía no formara parte formalmente del partido; lo sería oficialmente en 1963, cuando el desarrollo de las actividades de los camaradas en Francia y Bélgica exigió la publicación regular de una revista que, en este caso, se llamaría *le prolétaire*. Así, *programme communiste* se convirtió oficialmente en la revista teórica del «partido comunista internacionalista-programme communiste» y, a partir de 1965, partido comunista internacional. Más tarde se le unirían, gracias a la integración de camaradas de otros países (España, Alemania, Escandinavia, América, Grecia) en el trabajo colectivo del partido, otras revistas: El programa comunista, *Kommunistisches Programm*, *Communist Programm*, *Kommunistikó Programm*, así como diarios y publicaciones periódicas en otros idiomas (portugués, árabe, turco, persa), cuya lista puede consultarse en nuestra página web www.pcint.org.

La principal necesidad del partido era, y sigue siendo, poner a disposición de camaradas y lectores de otras nacionalidades la masa de tesis y textos que originalmente sólo existían en italiano. Por ello, la forma de revista resultó ser la más adecuada. La actividad del partido en Italia, desde el punto de vista del material teórico y político de la Izquierda Comunista de Italia, tanto del período 1911-1926 como del período 1945 y décadas posteriores, desde el punto de vista lingüístico era evidentemente privilegiada, por lo que la necesidad apremiante de una revista se sentía mucho menos. Esto no quita que ciertos materiales, ciertas elaboraciones más amplias, que no siempre encuentran cabida en la revista «il comunista» o que, precisamente por la amplitud de la temática, su publicación requiere demasiados fascículos cuyo hilo conductor, con el paso del tiempo, corre el riesgo de perderse, su utilización en forma de cuaderno nos parece la más adecuada.

Siguiendo este criterio, ya en 1976 el partido sacó los «Quaderni del pro-

gramma comunista» en italiano. Así pues, hoy no hay ninguna innovación particular. Retomamos la publicación de los «Quaderni» con el mismo criterio y, por supuesto, con una cadencia no prefijada, ya que saldremos cuando un determinado tema esté suficientemente desarrollado.

Dedicamos el primer Cuaderno a los Ciento diez años de la primera Guerra Mundial Imperialista 1914-2024, seguirán otros sobre otros acontecimientos históricos y políticos de relevancia para el movimiento proletario y comunista, como la fundación de la Primera Internacional, la revolución húngara de 1919 y otros por el estilo.

Agosto de 2024

A CIENTO DIEZ AÑOS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL 1914- 2024 (Premisa)

Con la aparición de este nº 1 de los *Quaderni de 'il comunista'*, pretendemos poner a disposición de los camaradas, simpatizantes y lectores interesados en las posiciones del partido y sus actividades a lo largo del tiempo, materiales que forman parte de la actividad de asimilación teórica y política que el partido, en su trabajo colectivo, lleva a cabo especialmente en sus reuniones generales.

Hemos querido dedicar este primer número al tema de las posiciones marxistas ante la Primera Guerra Imperialista Mundial, recordando las posiciones expresadas por Lenin y el Partido Bolchevique en aquellos años y las posiciones de la Izquierda Comunista de Italia, que resultaron ser perfectamente coincidentes con las posiciones de Lenin a pesar de no conocerlas antes de la Revolución de Octubre.

La izquierda comunista de Italia se ha definido durante mucho tiempo como la izquierda 'italiana'. Pero nosotros, esta definición, la hemos abandonado de buen grado a los nacional-comunistas y a los intelectuales burgueses, al igual que el adjetivo 'bordiguismo' con el que han querido, sobre todo con el estalinismo, definir la corriente política de la Izquierda Comunista de Italia para hacer de sus tesis y posiciones el resultado del pensamiento de un hombre determinado, en este caso Amadeo Bordiga, y no como la evolución histórica del arraigo del marxismo en Italia a través del curso de las luchas sociales y políticas que, en nuestro país, tuvieron que enfrentarse a todos los niveles -económico, social, político, ideológico, táctico, organizativo- especialmente contra la democracia burguesa y sus diversas

interpretaciones: del anarquismo a la masonería, del reformismo al catolicismo, de la monarquía constitucional al sindicalismo revolucionario y al maximalismo mundano. Por esta razón histórica y política hemos sostenido que el comunismo, en Italia, nació adulto.

En Italia, el capitalismo se desarrolló manteniendo muchos focos de atraso debido al desplazamiento histórico del desarrollo económico hacia los países de Europa occidental, en particular Inglaterra, Francia, Holanda y Alemania, gracias a los descubrimientos geográficos de otros continentes, frenando y bloqueando así en Italia un desarrollo que ya se había injertado con fuerza en el siglo XV gracias a las relaciones comerciales con Oriente y a la pujanza de los bancos florentino, genovés y veneciano. En las regiones septentrionales - Piamonte, Lombardía y Véneto, más próximas a Francia y Alemania, ricas en vías fluviales necesarias tanto para la industria como para la agricultura - y en las meridionales, sobre todo Campania y Apulia, se formó un proletariado urbano y rural indispensable no sólo para el desarrollo económico de los diversos estados en que aún estaba dividida Italia, sino también para la lucha de la burguesía contra el feudalismo a fin de lograr la constitución del Estado unitario italiano. Si el siglo XVII fue el siglo inglés y el siglo XVIII el siglo francés, el siglo XIX fue el siglo del desarrollo arremolinado del capitalismo en toda Europa, y en América. Y el capitalismo no podía ni podía desarrollarse más que creando una masa cada vez mayor de desposeídos, de desposeídas, para transformarlos en trabajadores asalariados. En Italia, los movimientos sociales de carácter proletario, tanto en las ciudades como en el campo, se desarrollaron mucho más tarde que en Inglaterra y Francia, de cuyos movimientos, sin embargo, extrajeron experiencias que constituyeron la base de las raíces ideológicas y teóricas del socialismo francés, pero también de la ideología alemana que la burguesía italiana «ilustrada» adaptó a las características históricas de su formación. La joven burguesía italiana, ávida de beneficios y de territorios económicos que explotar, siguió los pasos del desarrollo colonial e imperialista de los capitalismo inglés y francés, aunque con menos éxito debido a su atraso capitalista objetivo, pero quería su tajada de poder colonial y la guerra de Libia contra los otomanos en 1911-12 fue una oportunidad para competir con las demás potencias europeas a nivel internacional. Pero también fue una oportunidad para que el joven proletariado italiano y el Partido Socialista demostraran que su energía de clase podía dirigirse no a favor de las conquistas coloniales burguesas (apoyadas por «sindicalistas revolucionarios»

como Arturo Labriola y compañía), sino a favor de la lucha de clases antiburguesa, antimilitarista, anticolonial y antibélica. No es casualidad que precisamente en correspondencia con la oposición a la guerra italo-turca se formara la corriente política que se caracterizaría como izquierda marxista, y que estaba constituida principalmente por los jóvenes socialistas que luchaban no sólo contra el reformismo, el anarquismo y el sindicalismo revolucionario, sino también contra la burguesía democrática que se expresaba sobre todo en el parlamentarismo. Entre 1910 y 1914, en el umbral del estallido de la primera guerra imperialista mundial, la izquierda marxista en Italia se impuso como la corriente que, más que ninguna otra, era consecuente con los dictados del socialismo científico, por tanto del marxismo; una corriente política no nace de la noche a la mañana y ni siquiera por un «líder», porque es en todo caso y siempre el resultado de un proceso histórico de lucha entre clases.

En la Historia de la Izquierda Comunista, Tomo I, § 9. Esbozando la izquierda marxista, leemos: «Desde el momento en que quedó más o menos claro que el marco del movimiento histórico de la clase proletaria se traza en el entorno y en la acción de la propia clase, es decir, desde el momento en que la crítica del capitalismo salió de la fase utópica, la doctrina fue revolucionaria en el sentido inicial de que, si una revolución en la sociedad y en el conjunto de sus formas había vencido los intereses y las reivindicaciones del tercer Estado, de la clase burguesa, una revolución histórica acompañaría el cambio de las condiciones de vida de la clase proletaria». La historia de las sociedades humanas avanza a saltos, por fases, y el marxismo, superada la fase utópica de la crítica del capitalismo, transformó esta crítica de su forma ideológica en una ciencia, deduciendo que el desarrollo social se basa en el desarrollo de las fuerzas productivas y en el contraste - irreprimible en toda sociedad dividida en clases- entre las fuerzas productivas y las formas de producción, formas que, en el capitalismo, por tanto en la sociedad burguesa, están constituidas por las relaciones de propiedad y explotación del trabajo asalariado. Ser marxista, ser consecuente con la teoría o doctrina marxista, significa aplicar un método de interpretación de la historia y de los hechos sociales que se basa en el materialismo histórico y dialéctico, según el cual en cada gran fase histórica el desarrollo social se caracteriza por la formación, dadas determinadas relaciones de producción, de clases dominantes y subordinadas, y que la lucha entre clases dominantes y dominadas se desarrolla en dos campos: el de la lucha económica y el de la lucha política. Según Marx, el hecho físico de la lucha llevada a cabo por grupos locales, de categoría, de empresa o de oficio es irreprimible y

es la base de la acción comunista, pero no es todavía lucha de clases, no es la prueba de que el proletariado se haya organizado en clase y, por tanto, en partido político, como afirma el Manifiesto de 1848.

Esta distinción es básica, y ayuda a separar inicialmente a los marxistas de todos los socialistas reformistas, sindicalistas, libertarios, culturalistas, gradualistas, evolucionistas, parlamentaristas. Pero la verdadera cualidad del marxismo sobre todas las demás teorías y todas las demás ideologías reside en considerar la lucha de clases como la lucha política no sólo por la conquista de los poderes públicos -como solía decirse-, sino por la consiguiente instauración de la dictadura de clase del proletariado, que es la forma que necesariamente tendrá que adoptar el proletariado revolucionario para constituirse en clase dominante, tal como está escrito en el Manifiesto del Partido Comunista de Marx-Engels. Para que este proceso histórico revolucionario tenga lugar, no basta con que el proletariado luche en el terreno económico, sino que debe elevar su lucha al plano político. Y esta lucha no puede dejar de ser violenta porque la clase burguesa dominante utiliza y utilizará toda la violencia de que es capaz -y en la historia de su dominación de clase ha demostrado que no se pone límites a la hora de aplicar la violencia más extrema- para no perder su poder, sus privilegios que consisten sobre todo en la plena libertad de explotar a las masas proletarias en todo el mundo para arrancarles una parte cada vez mayor del tiempo de trabajo no remunerado que, en la economía capitalista, produce plusvalía y, por tanto, beneficios.

La lucha de clases, por tanto, es una lucha proletaria dirigida a la conquista del poder político, y esta dirección no puede surgir espontáneamente de la lucha económica del proletariado, aunque en esta lucha los proletarios de las diversas empresas, categorías o nacionalidades consigan unirse en organismos unitarios de defensa económica que normalmente se llaman sindicatos. Esta dirección sólo puede darla el partido político de clase, es decir, el organismo que históricamente se ha formado sobre la base de los objetivos de la lucha de clases, sobre los objetivos revolucionarios que el marxismo ha descubierto al aplicar el materialismo histórico y dialéctico, es decir, la teoría científica del desarrollo de las sociedades humanas. El objetivo histórico de la lucha de clases del proletariado es la sociedad sin clases, el comunismo.

¿Cómo puede ser portadora de la futura sociedad sin clases la clase del proletariado que lucha en todos los países del mundo, bajo la dirección de su partido de clase, para conquistar el poder político y convertirse en la clase dominante, derrocando al Estado

(sigue en pág. 16)

Una nueva publicación...

(viene de la pág. 15)

burgués y erigiendo en su lugar el Estado proletario? La clase del proletariado es la clase de los trabajadores asalariados, la clase que no posee nada, ni los medios de producción ni la producción misma, pero es la clase que produce toda la riqueza en cualquier país, y mientras produce toda la riqueza que existe, se ve obligada a ser explotada cada vez más intensamente para recibir a cambio un salario en dinero, que es el único medio con el que comprar las necesidades básicas que el propio proletariado ha producido. Es la clase que, precisamente por sus condiciones de existencia, no tiene nada que defender en la sociedad del capital: el trabajo del proletariado -dice el marxismo- crea el capital, es decir, crea la propiedad que explota el trabajo asalariado. Y mientras este sistema no salte por los aires, mientras el movimiento revolucionario del proletariado no derroque al régimen burgués que defiende el sistema capitalista, el proletariado seguirá sufriendo la opresión capitalista en todas las formas que la burguesía de cada país adopte y adoptará para defender el sistema que le permite explotar y seguir explotando al trabajo asalariado. Sólo la aportación de la teoría revolucionaria representada por el marxismo puede abrir la perspectiva histórica de la emancipación del proletariado del capitalismo, emancipación que no sería completa si no llevara al conjunto de la sociedad humana a emanciparse de la división de clases. Por eso el proletariado lucha, aunque no sea plenamente consciente de ello, por una sociedad en la que ya no exista la explotación del hombre por el hombre. Es su condición material la que lo coloca objetivamente en esta situación. Pero su lucha, el choque social entre clases, las victorias mínimas y las numerosas derrotas en su lucha en los dos campos, el económico y el político, han producido experiencia, y de esta experiencia se ha formado la conciencia de clase. La conciencia de clase no es la suma de las conciencias individuales de cada proletario existente en la tierra, sino que es la teoría de la lucha de clases y de sus objetivos.

Como se ha dicho muchas veces, el marxismo es la teoría que tomó lo mejor de lo que la economía inglesa, la filosofía alemana y el socialismo francés podían dar en el siglo XIX; es la teoría -no una teoría entre muchas- de la revolución del proletariado como la última revolución de clase en las sociedades divididas en clases, de alcance internacional porque internacional es el capitalismo e internacional es la clase de los asalariados. La clase burguesa es la clase que sustituyó a las anteriores clases dominantes, derrocando sus poderes políticos relativos y desquiciando los modos de produc-

ción que impedían el desarrollo ilimitado del capitalismo; el capitalismo no es sólo el más desarrollado en términos absolutos en comparación con sus predecesores, sino el modo de producción que creó a la clase proletaria, que está históricamente destinada a derrocar el propio modo de producción que la creó para sustituirlo por un modo de producción que ya no esté dedicado al mercado, al beneficio capitalista, a la explotación desenfadada de la mayoría de los hombres que habitan el planeta, sino a la satisfacción racional de las necesidades de la vida social de la humanidad. Para revolucionar de arriba abajo todo el sistema económico existente, en el que se ha basado hasta ahora el desarrollo social, el proletariado no puede basar su lucha y sus intereses de clase en un modo de producción más avanzado ya en formación dentro del modo de producción capitalista, como han podido hacer las clases revolucionarias anteriores, y la burguesía dentro de la sociedad feudal gracias a la propiedad privada, a la disponibilidad de capital que les permitió montar las primeras fábricas y las primeras manufacturas, a los inventos técnicos y a las primeras maquinarias que les permitieron combinar el trabajo de muchos obreros en una misma fábrica. El proletariado encuentra su fuerza material en su propia condición de trabajo asalariado, en su condición de ejército mundial de productores de toda la riqueza social, pero sólo puede encontrar su fuerza de clase en la unidad de la lucha anticapitalista y en la dirección de su partido de clase que históricamente mantiene su conciencia de clase.

La historia de las luchas proletarias, y sobre todo de sus derrotas, ha demostrado que sin la dirección del partido de clase, sin la dirección de un partido consecuentemente marxista, firme en su teoría y en su programa y hábil en su manejo -como lo fue el partido bolchevique de Lenin- para interpretar correctamente las situaciones y las relaciones de fuerza entre las clases tanto a nivel mundial como a nivel local, sin un partido a la altura de la tarea histórica asignada a la clase del proletariado, ésta no tiene ninguna posibilidad de perseguir los objetivos históricos de la emancipación no sólo de su clase, sino de toda la humanidad.

Las batallas de clase, como siempre las hemos llamado, contra cualquier claudicación reformista, gradualista, sindicalista, obrerista o parlamentarista, que han caracterizado a la Izquierda Marxista de Italia desde su formación, demuestran una perfecta alineación con las batallas de clase de Lenin y de los bolcheviques que prepararon y dirigieron al proletariado ruso en la Revolución de Octubre; batallas de clase que, en su magnífica coherencia marxista, permitieron al comunismo revolucionario recuperar su altura teórica y política en los años

cruciales en los que se jugaban las posibilidades reales de la revolución proletaria mundial. Fueron los años de la gran crisis capitalista que condujo a la Primera Guerra Imperialista Mundial, los años en los que, a pesar de la gigantesca traición a la causa proletaria y revolucionaria por parte de la Segunda Internacional socialdemócrata al estallar la Primera Guerra Imperialista Mundial y en los que el proletariado de todos los países había sido conducido por las burguesías y los socialchovinistas europeos a masacrarse mutuamente en las trincheras bajo la bandera de un nacionalismo que en lugar de combatirse en todos los frentes se asumía, en lugar de la bandera roja proletaria, como la bandera tricolor por la que el proletariado de cada país, agredido o agresor, «debía» derramar su sangre en «defensa de la patria». Los años en que la perspectiva revolucionaria ilustrada en sus rasgos fundamentales por el marxismo desde 1848 demostró ser la única vía por la que el proletariado mundial podía finalmente liberarse de las cadenas que lo aprisionaban al sistema capitalista y burgués, liberando con su propia lucha a todos los oprimidos del mundo

Muy pocas fueron las corrientes marxistas que no sucumbieron al oportunismo y al chovinismo social: los bolcheviques, en primer lugar, la izquierda marxista de Italia, los espartaquistas de Rosa Luxemburg y Liebknecht, el pequeño partido serbio y muchos elementos dispersos aún incrustados en los partidos socialistas y socialdemócratas de la II Internacional.

Esto subraya aún más la importancia de los combates en el plano teórico y político general gracias a los cuales, sobre la base de la revolución proletaria victoriosa en Rusia, fue posible, por iniciativa específica de los bolcheviques, establecer, en plena guerra civil en Rusia de la III Internacional en 1919, a la que fueron invitados todos los partidos y corrientes marxistas sobre la base de su actitud antinacionalista y antichovinista frente a la guerra imperialista y de las Tesis -definidas más tarde en el segundo congreso de 1920- que debían ser las piedras angulares de las posiciones comunistas válidas para todos los partidos adherentes. Hay que subrayar que, aunque todavía no constituida como partido comunista tras la ruptura con los reformistas del PSI, la izquierda marxista de Italia -organizada en la Fracción Comunista abstencionista a nivel nacional en torno al periódico *Il Soviet* de Nápoles-, invitada al segundo congreso del I.C. directamente por Lenin, figuraría entre las raras y firmes formaciones marxistas de Occidente que aportarían una valiosa contribución a las tesis de la Internacional sobre la base de su larga experiencia en las batallas de clase en defensa de la teoría marxista en su conjunto y contra la democracia burguesa en el seno del propio PSI: su contribución fue par-

ticularmente notable sobre las condiciones de adhesión a la Internacional y sobre la cuestión del parlamentarismo.

Sobre las *Condiciones de admisión en la I.C.* basta señalar aquí que la enmienda propuesta por Bordiga a la 16ª tesis obligaba a los partidos que quisieran ingresar en la I.C. a modificar el viejo programa socialdemócrata por un «nuevo programa en el que figuren de manera inequívoca los principios de la III Internacional, en plena consonancia con las resoluciones de los congresos mundiales. La minoría que vote en contra del nuevo programa deberá, en virtud del mismo voto, ser excluida del Partido. Los Partidos que ya se hayan adherido a la III Internacional sin haber cumplido esta condición, deberán convocar lo antes posible un congreso extraordinario para ajustarse a ella», fue aceptada y transformada en la 21ª condición (1). En efecto, Bordiga había afirmado que «los elementos de derecha aceptan nuestras tesis, pero de manera incompleta, con mil reticencias. Debemos exigir que esta aceptación sea total y sin reservas, tanto en el terreno de la teoría como en el de la acción».

Sobre la cuestión del parlamentarismo, la izquierda marxista en Italia se remitió a las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista del PSI (Conferencia Nacional de Florencia, 8-9 de mayo de 1920) en las que reiteraban que «el objetivo de la acción del Partido Comunista es el derrocamiento violento del dominio burgués, la conquista del poder político por el proletariado, la organización del proletariado en clase dominante», en perfecta coherencia con el Manifiesto de 1848 y las tesis de la C.I., subrayando que «Mientras que la democracia parlamentaria con la representación de los ciudadanos de cada clase es la forma que adopta la organización de la burguesía en clase dominante, la organización del proletariado en clase dominante se realizará en la dictadura proletaria, es decir, en un tipo de Estado cuyos representantes (sistema de consejos obreros) serán designados únicamente por los miembros de la clase obrera (proletariado industrial y campesinos pobres) con exclusión de la burguesía de los derechos electorales». En su crítica a la ideología del liberalismo y de la democracia burguesa, las Tesis de la izquierda marxista de Italia y de la I.C. no tienen ninguna discrepancia, como por otra parte las Tesis sobre el parlamentarismo, salvo en la cuestión táctica del «parlamentarismo revolucionario», preconizado por Lenin, Zinoviev, Bucharin, Trotsky, con el que los bolcheviques creían poder influir en las masas proletarias que aún seguían a los partidos reformistas y oportunistas, incluso mediante la acción política en el seno del parlamento burgués para demostrar que la institución parlamentaria sólo estaba al servicio de la clase dominante burguesa, trabajando así sobre su contradic-

ción más evidente. Es bien sabido que la izquierda marxista de Italia, respetando las declaraciones de disciplina política hacia la C.I., aceptó la táctica del «parlamentarismo revolucionario» porque estaba inserta en los firmes principios de la lucha general contra la democracia burguesa, y fue la única corriente del comunismo occidental que la aplicó rigurosamente sin ceder a la actitud parlamentarista de compromiso que caracterizaba a todas las corrientes reformistas y socialchovinistas.

Los años posteriores demostrarían que, en virtud del terreno político recuperado por las corrientes oportunistas en el período en que se retrasó la revolución proletaria en Occidente y en que los partidos comunistas de los países occidentales no se formaron sobre bases teóricas y programáticas tan firmes como las del bolchevismo leninista y la izquierda comunista en Italia, el parlamentarismo «revolucionario» se reducía a un parlamentarismo podrido *tout court*, burgués en todos los sentidos, con el agravante -en lo que respecta a Italia- de aparecer como un bastión a defender contra el ascenso del fascismo y sus incursiones escuadristas.

En este Cuaderno hemos recogido los informes dados en diversas reuniones generales del partido dedicadas al centenario de la Primera Guerra Imperialista Mundial, que luego se publicaron en diez entregas en 'el comunista' (empezando por el nº 142, de febrero de 2016, continuando en los nº 143, 145, 147, 148, 149, 150, y terminando en los nº 163 y 164 de 2020. No hemos incluido aquí el fascículo (publicado en el nº 159) dedicado a la tragedia del proletariado alemán en la primera posguerra (*Alemania 1918-1919: El trágico retraso del partido*), ya que este tema específico fue objeto de la reimpresión 'el comunista' nº 14 de junio de 2021 titulada, precisamente, *La tragedia del proletariado alemán en la primera posguerra*.

En el Apéndice recogemos algunos escritos de 1914-1918 de Amadeo Bordiga, el más firme y consecuente exponente de la izquierda comunista en Italia y a nivel internacional; un extracto del discurso de Bujarin en el IV Congreso de la IC sobre la cuestión de la «defensa nacional» en caso de ataque de ciertos estados burgueses al estado proletario ruso y la actitud a tener hacia otros estados burgueses que hacen la guerra contra los estados que atacan a la Rusia proletaria; el artículo de Bordiga de enero de 1923 que trata del mismo tema, y concluimos con un artículo publicado por el partido en el *programa comunista* de 1954, en la serie *Questioni storiche dell'Internazionale comunista*, titulado *Il comunismo in Italia nacque adulto*.

El material consultado es amplio, comenzando por la Historia de la Izquierda Comunista, vols. I, I-bis y II,

para continuar con los discursos y escritos de Bordiga a partir de 1912, referidos a la guerra de conquista de Libia y a la primera guerra imperialista mundial, hasta la constitución de la corriente de izquierda marxista en el seno del PSI, que sería la corriente que fundaría el Partido Comunista de Italia, dirigiéndolo durante los tres primeros años, hasta que las posiciones marxistas firmemente revolucionarias defendidas a capa y espada por los bolcheviques (Lenin, Trotsky, Zinoviev, Bujarin, etc.) empezaron a corroerse por las claudicaciones tácticas y organizativas en sentido democrático-opportunista, de las que luego se convirtieron en vectores involuntarios los propios artífices de la Revolución de Octubre y de la creación de la Internacional Comunista, hasta que la Internacional se abrió al oportunismo más podrido que se caracterizaría como estalinismo. Con la teoría de la «construcción del socialismo en un solo país» se coronó la falsificación general del marxismo, decretando la victoria completa de la contrarrevolución burguesa que, para el movimiento obrero, tomó el nombre de estalinismo precisamente por haber hecho pasar el desarrollo de la economía capitalista en Rusia como «construcción del socialismo» y, en consecuencia, el Estado ruso erigido sobre la victoria revolucionaria de octubre de 1917 como Estado proletario y «socialista» y el partido comunista que lo dirigía como partido dirigente del proletariado mundial. El renacimiento del movimiento revolucionario y comunista sólo podía basarse en la restauración de la doctrina marxista y el ajuste de cuentas con la contrarrevolución estalinista. Esto lo hizo una única corriente política que resistió al tsunami estalinista, aunque reducida a muy pocos elementos: la Izquierda Comunista de Italia, que asumió la tarea de restaurar el marxismo revolucionario ya durante la Segunda Guerra Imperialista Mundial, base indispensable para la reconstitución del partido de clase, comunista e internacional.

(1) Cfr. «Sulle condizioni d'ammissione all'IC», *Protokoll des II. Weltkongress der Kommunistische Internationale*, Hamburg, 1921, pp. 282-286. VI sesión, 29 julio 1920. En *A. Bordiga, Scritti 1911-1926*, vol. IV, Ed. Fondazione Amadeo Bordiga, Formia 2011, p. 268. (1) Cfr. *Sulle condizioni d'ammissione all'IC, Protokoll des II. Weltkongress der Kommunistische Internationale*, Hamburg, 1921, pp. 282-286. VI seduta, 29 luglio 1920. In *A. Bordiga, Scritti 1911-1926*, vol. IV, Ed. Fondazione Amadeo Bordiga, Formia 2011, p. 268.

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org

La elección de Trump y la clase obrera americana

Mientras los sondeos de opinión anunciaban a Kamala Harris como la más probable ganadora por un margen muy ajustado, en cambio el expresidente Donald Trump fue reelegido para un segundo mandato tras su derrota en 2020. Trump no solo obtuvo el mayor número de «grandes votantes» en los distintos estados, sino que también cosechó el mayor número de votos a nivel nacional, la primera vez para un presidente republicano desde George Bush en 2004: el 50,1% de los votos frente al 48,3% de Kamala Harris, mientras que en el momento de su victoria en 2016 solo había obtenido el 45% de los votos (frente al 48,2% de Hillary Clinton), pero al haber superado a Hillary Clinton en número de grandes votantes, ganó la presidencia. Aunque el porcentaje de abstención fue esta vez mayor que en las últimas elecciones presidenciales (36% frente al 34% de 2020, la tasa más baja en décadas, y el 40% de 2016), obtuvo más de 2.000.000 de votos más, mientras que la candidata demócrata perdió más de 8 millones. Los análisis del voto muestran que la abstención aumentó en zonas donde habían votado

mayoritariamente demócratas en 2020; el porcentaje de votantes de Kamala Harris bajó tanto entre los blancos como entre los negros y los latinos, entre los hombres y entre las mujeres (en igual proporción); solo aumentó su resultado respecto al de Joe Biden entre los votantes mayores de 65 años y los de rentas más altas (más de 100.000 dólares anuales) (1).

Estos pocos datos demuestran que la derrota electoral de la candidata demócrata no se debe principalmente a prejuicios raciales o misóginos.

Ni los excesos verbales y las fake news del candidato Trump y sus partidarios, ni los llamamientos a votar a Harris en nombre de la defensa de la democracia frente a un «fascista» condenado por los tribunales, ni los posicionamientos de estrellas del espectáculo, ni las declaraciones de destacados economistas sobre la salud de la economía estadounidense, han logrado generar una movilización de votantes comparable a la que llevó a Joe Biden a la victoria en 2020. Para millones de votantes de este último, especialmente entre las capas más desfavorecidas, lo que domina es la desilusión y el descontento: en estos cuatro años, la desigualdad ha aumentado; los más pobres, los proletarios, se han empobrecido aún más e incluso sectores de las clases medias se han visto golpeados por una inflación que no alcanzaba estos niveles desde hace casi cuarenta años: mientras que los capitalistas y los inversores en bolsa han visto aumentar sus ganancias, a veces de forma espectacular.

Las elecciones son siempre un espejo muy distorsionado del estado de ánimo de la población en general y del proletariado en particular; el sistema democrático se ha ido perfeccionando a lo largo de las décadas para intoxicar a los explotados, reducidos a la condición de votantes ávidos de propaganda. El circo electoral, ricamente dotado (se calcula que este año los distintos partidos han gastado casi 16.000 millones de dólares en propaganda electoral, todo un récord) (2), tiene como función primordial desviar las aspiraciones, frustraciones y descontentos del electorado hacia el terreno, inofensivo para el orden burgués, de la competición entre los distintos partidos y candidatos al servicio de los capitalistas (¡cuando estos candidatos no son a su vez multimillonarios como Trump, el candidato al que supuestamente se oponen las élites y la clase dominante!). Como dijo Lenin, citando a Marx: la «*característica esencial de la democracia capitalista*» es vencer a los oprimidos de que «*decidan una vez cada pocos años qué miembro de la clase dominante debe oprimir, aplastar al pueblo en el Parlamento*»

Este descontento de los proletarios, cuyas huellas pueden encontrarse en las vicisitudes electorales, se manifiesta en el terreno real de las

relaciones de clase a través de una renovación de la combatividad obrera. La huelga de siete semanas de más de 30.000 trabajadores de Boeing, que rechazaron dos veces los acuerdos alcanzados entre la dirección y el sindicato IAM, es el ejemplo más reciente. Según las estadísticas oficiales, que sólo enumeran las huelgas de más de 1.000 trabajadores, más de 450.000 proletarios hicieron huelga en 2023 (últimos datos disponibles), una cifra que no se alcanzaba desde hace varios años (4).

La elección de Trump representa la ascensión a la presidencia de un adversario del proletariado; pero Biden-Harris y el Partido Demócrata han demostrado, si aún fuera necesario, que no son en absoluto, como les gusta presentarlos a los dirigentes sindicales ultraoptimistas, «amigos de los trabajadores»; no han dudado en romper huelgas como la de los ferroviarios, en intervenir para frenar otras como en Boeing, o en deportar a más indocumentados que Trump. Aquellos que, a pesar de la política criminal en el extranjero (Israel...) y de la política antiobrera en el seno de los demócratas, piden a los proletarios que les apoyen en nombre del «mal menor» o de la «defensa de la democracia», son en realidad los adversarios más insidiosos del proletariado. Para defenderse de los capitalistas y de su Estado, los proletarios no pueden de hecho contar más que con su propia lucha de clase; deben rechazar no sólo las orientaciones nacionalistas, racistas y xenófobas difundidas principalmente (pero no únicamente) por las corrientes de derecha y de extrema derecha: deben también romper con todos los falsos «amigos» que los encadenan a la mortífera colaboración de clase con los capitalistas en la que sus intereses son sacrificados a los de la empresa o de la economía nacional.

El período que se avecina estará inevitablemente marcado por ataques redoblados contra los proletarios estadounidenses, no por la mala voluntad de Donald Trump, sino porque los problemas económicos de Estados Unidos y el empeoramiento de las tensiones interimperialistas lo exigen. Al igual que sus camaradas de otros países, los proletarios estadounidenses tendrán que encontrar el camino de la lucha de clases independiente y la organización para hacerle frente; pero también tendrán que reconstituir su partido de clase internacionalista e internacional: una tarea que no es en absoluto fácil ni rápida, pero esencial para que las luchas que tiene por delante la clase obrera se dirijan hacia el derrocamiento revolucionario del capitalismo.

18 / 11 / 2024

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado
Avda.Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros
C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 - Barcelona

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org

(1) <https://www.washingtonpost.com/politics/2024/11/12/what-numbers-actually-say-about-2024-election/>

(2) <https://www.opensecrets.org/2024-presidential-race>

(3) Cfr. Lenin, *El Estado y la revolución*, capítulo 5 <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/estrev/>

(4) <https://www.bls.gov/wsp>

(viene de la pág. 20)

verán a tener lugar. Y mientras no desaparezcan los agitadores y propagandistas que pretenden mejorar, reformar, cambiar lo necesario del capitalismo y tienden a los proletarios la exigencia de confiar en la democracia y la colaboración con al burguesía para lograrlo, la clase proletaria tendrá frente a sí no sólo a su enemigo natural, la burguesía, sino a todo un ejército de colaboradores de esta que lucharán para mantener a los trabajadores como víctimas en cualquier circunstancia.

Mañana los proletarios enterrarán a sus muertos y pedirán porque una catástrofe similar no tenga lugar de nuevo. Mientras, la burguesía canalizará a través de su Estado los miles de millones que le permitirán no sólo reanudar, sino ampliar la producción en las instalaciones destruidas y hacer crecer sus negocios con la reconstrucción.

La clase proletaria, que hoy parece estar desaparecida, política y organizativamente, de la vida social, que da la impresión de que únicamente puede poner los muertos en catástrofes como esta, lleva consigo la única posibilidad de superar la miseria del mundo capitalista y el drama que la acompaña continuamente. Ella padece el mudo burgués tanto en las catástrofes como en la paz cotidiana, tanto en las riadas como en el trabajo, donde aporta miles y miles de muertos cada año para sacar la producción adelante. Pero por el mismo motivo, porque está en el centro del mundo capitalista, porque tiene la producción de toda la riqueza social en sus manos, porque constituye la mayor parte de la población en todos los países, puede deshacerse de la clase burguesa y aniquilar su mundo, abriendo la puerta a un futuro donde la verdadera abundancia, el verdadero equilibrio del ser humano en tanto ser natural con el medio, llegue por fin. Ése es, sin duda, el futuro, ésa es la verdadera fuerza (hoy sólo potencia, mañana real) de la clase proletaria. Pero para alcanzar ese futuro, para mostrar su verdadera fuerza, debe retornar al terreno de la lucha de clase, debe combatir contra las clases enemigas, tanto en lo que se refiere a la defensa de sus intereses inmediatos, los relacionados con la supervivencia más elemental, como en el enfrentamiento político general contra el dominio político y social de la burguesía.

**¡El responsable de todas las catástrofes es el capitalismo!
¡Sólo la lucha de clase del proletariado puede acabar con sus «tragedias», barriéndole del mapa!
¡Por la reanudación de la lucha proletaria!**

¡Por la reconstitución del partido comunista, internacional e internacionalista!

Renault: ¡larga muerte al automóvil!

La empresa RENAULT (que posee dos factorías en Valladolid, una en Palencia y otra en Sevilla) ha solicitado a los sindicatos «un año de transición en la negociación del convenio» y del nuevo plan industrial, y con ello la paralización de la subida salarial acordada, ante lo que ha denominado «la peor situación del sector conocida en toda la historia». Esto no es decir poco.

Las primeras medidas exigidas por parte de Renault son: mismas condiciones contractuales que el Convenio del 2021-2024 para el año 2025 y congelación salarial.

La directora de Recursos Humanos de Renault Group en España, Reyes Torres, ha apelado en la reunión con los representantes de los trabajadores a la situación de «incertidumbre» que vive el sector de la automoción a nivel internacional provocada «por el tsunami regulatorio, las exigencias de descarbonización, la digitalización, la volatilidad tecnológica y de los precios de las materias primas o la transformación de la fuerza laboral».

La situación que se abre en Renault no es exclusiva de la multinacional francesa. La realidad es que en toda la industria se vive una situación similar. No hay casos particulares: aquellas empresas que cierran hoy y despiden a todos sus trabajadores marcan la pauta para las que lo harán mañana. Un solo y significativo ejemplo da la justa medida de lo que está ocurriendo en el sector del auto: la gran multinacional alemana del automóvil, VOLKSWAGEN, ha anunciado que va a cerrar tres plantas en Alemania con el consiguiente despido de miles de trabajadores y un recorte salarial del 10%... En la prensa generalista se apunta como causa de estos cierres a la competencia china. Por su parte, el presidente alemán atribuye los costos al «repentino corte del suministro de gas por parte de Rusia»... Así, sin pudor alguno mienten sabiendo que ellos mismos suspendieron la compra de gas ruso... Alguien tiene que ser el culpable: China, Rusia... todos, menos el capitalismo y su anarquía productiva.

La industria del auto lleva tiempo en una situación complicada, límite en varios sentidos: el cambio productivo hacia el coche eléctrico no ha llegado a cuajar como pretendían en muchos países y ha paralizado la renovación completa que pretendía el sector, a lo que se añade la guerra comercial entre los grandes focos productores (EEUU, Europa China) con la subida de aranceles y otras medidas legislativas. En lo que atañe al grupo Renault, esta zozobra ha llevado incluso a rechazar ayudas del gobierno ya concedidas para la electrificación de una de las plantas de Valladolid, donde se pretendía fabricar el coche 100 % eléctrico.

A la clase proletaria debe importarle poco si una empresa es rentable o no, si es económicamente viable o no. ¡RENAULT ha recibido durante años millones de euros en ayudas públicas! A esto hay que unir la creciente competencia entre las distintas bur-

guesías nacionales, entre los grandes productores clásicos (EEUU, Alemania, la propia España) y los nuevos grandes productores como China, Turquía, México... Los coches que dejan de producirse en Alemania («por los altos costos salariales») se siguen produciendo en las fábricas de Polonia con un coste significativamente menor en mano de obra. Así, todo el sector se está moviendo en medio de un escenario de competencia desahogada que se carga siempre sobre los trabajadores: competencia en «productividad» entre las factorías de una misma marca situadas en diversos países y/o continentes (Renault en Francia, España, Marruecos o Turquía), competencia entre las diversas marcas del sector, competencia entre los países productores (con ayudas inestimables del Estado en cada caso)...

Las ayudas al sector son una prueba evidente de que la burguesía puede pagar y de hecho lo hace diariamente para mantener la producción, para incrementar el beneficio. No es pues un problema de «dinero». La lucha de los proletarios, por ello, la puede doblegar, pero sólo si la lucha es conducida con medios y métodos clasistas, que tiendan a la unificación de los proletarios de todos los sectores sobre el terreno de la defensa exclusiva de los intereses proletarios.

Frente a esta situación, la respuesta que están dando tanto los grandes sindicatos de la automoción como los diferentes partidos políticos que se llaman *obreros* consiste únicamente en aceptar la derrota o en absurdas proclamas aparentemente radicales pero impotentes.

Solo saliendo del redil del colaboracionismo sindical podrán los trabajadores de Renault y el auto salir de este círculo vicioso:

Contra cualquier sujeción de los intereses inmediatos del proletariado a los intereses y exigencias del mercado.

Contra toda forma de colaboración interclasista entre proletarios y patronos, entre explotados y explotadores.

¡Por la solidaridad de clase entre todos los proletarios!

Por el renacimiento

de los organismos proletarios de lucha independiente

de los aparatos y de las prácticas del colaboracionismo interclasista.

Por la defensa y las condiciones de vida, de trabajo y de lucha del proletariado fuera de todo burocratismo y corporativismo.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

El único responsable del catastrófico aluvión en el Levante es el capitalismo

Casi 100 muertos, decenas de desaparecidos, miles de viviendas destruidas, familias que han perdido lo poco que tenían para subsistir... Víctimas innecesarias de una «tragedia» completamente predecible y evitable. Sólo en el mundo capitalista, donde la muerte de niños tiene menos importancia que unas horas de trabajo pueden tener lugar sucesos como los de ayer en Valencia.

Una gota fría es un fenómeno meteorológico habitual en el Mediterráneo y regular en la costa levantina desde que se tienen registros históricos. Consiste en un súbito enfriamiento, al tocar tierra, del aire caliente procedente del mar. Al suceder esto, el agua en estado gaseoso pasa bruscamente a líquido y se precipita con mucha violencia sobre la tierra. Como se sabe, algo normal en estas fechas del año, algo que la población de la zona conoce muy bien, algo para lo que las autoridades están preparadas (o deberían) porque lo afrontan con bastante frecuencia... Y sin embargo el centenar largo de muertos que con toda certeza se esperan muestra que, una vez más, el potencial destructivo de las inclemencias naturales se ve acrecentado exponencialmente por el sistema capitalista.

Porque Valencia no es sólo la región de la gota fría sino también una de las regiones del país donde la urbanización desafortunada del territorio y la consiguiente destrucción de los parajes naturales que hacían de canalizador natural de este tipo de fenómenos ha sido más notable en los últimos años. ¿Cuántas urbanizaciones construidas en el último siglo no llevan el nombre «Rambla de...»? ¿Cuántas calles que se llaman «Torrent»?; indicativo de cómo la búsqueda sin fin de beneficio no ha respetado ni los accidentes naturales directamente vinculados a la gota fría, al empuje destructor del agua y al resto de fenómenos asociados a aquella. La propia ciudad de Valencia creció en torno a un río al que, en época capitalista, contradiciendo los conocimientos adquiridos desde los inicios de la vida sedentaria (siguiendo los cuales nunca se construyó más allá del punto que rompía las aguas de la antigua laguna, justo donde hoy está la catedral y, a su alrededor, la ciudad medieval) rodeó hasta el punto de urbanizar todo el espacio de crecimiento natural de éste. Lo mismo ha sucedido en tantos y tantos pueblos cercanos: la necesidad insaciable de suelo para construir, producir y especular ha llevado a edificar barrios y polígonos industriales justo donde es sabido que no debe hacerse. Las consecuencias las hemos visto esos días, pero no hay que irse muy lejos en el tiempo para encontrarse con sucesos similares. En 1957, el 14 de octubre y por las mismas causas que

lo sucedido ayer, el río Turia que cruza la ciudad se desbordó anegando los barrios inmediatos y dejando 81 muertos. Este acontecimiento llevó al Estado a desviar el río y sacar su cauce fuera de la ciudad. Ayer la naturaleza mostró que puede más que todas las decisiones burocráticas salidas de la cabeza enferma de la burguesía y arrasó de nuevo el cauce antiguo y los barrios de 1957. En 1987, el 3 de noviembre, un poco más al sur, en la comarca de La Safor, otra riada destruyó el pueblo de Oliva. Pocos años antes, en 1982, la rotura de la presa del pantano de Tous arrasó la cuenca del Júcar matando a 8 personas. En menos de un siglo y sólo teniendo en cuenta los sucesos más graves, ésta es la realidad, «impredecible» e «imposible de prevenir», según las autoridades.

La realidad de los acontecimientos del día 29 es que tanto los gobiernos locales como los autonómicos y el nacional estaban alertados de lo que podía suceder. No sólo lo sabían porque son conscientes (¡no hay meteorólogo que no lo se!) que en otoño el riesgo en estas zonas es máximo, sino también porque desde hacía al menos dos días los servicios de previsión estaban alertando de lo que podía suceder. Pero ni la experiencia de las últimas décadas ni estas advertencias fueron suficientes: el coste, única realidad para el capitalista, de paralizar la actividad productiva, evacuar a las personas y minimizar los riesgos humanos es mucho menor que la gravedad de la destrucción. En primer lugar porque en el capitalismo una vida humana nunca tendrá ni la mitad de valor que el capital invertido o el beneficio que se puede sacar de él. Y en segundo lugar porque el capitalismo no sufre por la destrucción sino que crece en ella y por ella, tiene en las catástrofes un impulso vital de primer orden: donde un proletario ve miseria y muerte, un capitalista ve posibilidades de negocio, rentabilidad elevada y poca competencia. Es esto lo que explica que ayer, después de que las propias autoridades llegasen a dar la alarma (a las 8 de la tarde, cuando desde las 6 ya era evidente que la jornada sería trágica) multitud de empresarios de la región obligasen a sus trabajadores a presentarse en el puesto de trabajo, bajo amenaza de despido, para cumplir con el turno de noche. Es esto lo que explica por qué los dueños de las grandes superficies comerciales de las afueras prohibieron, cuando las inundaciones ya habían comenzado, que los trabajadores abandonasen sus puestos de trabajo y, luego, cuando la catástrofe amenazaba, los servicios de emergencias no se movilizasen para sacarles de ahí: ni una vida vale lo que las ventas de unas horas, piensa cualquier burgués.

Esto debe tenerse claro, debe recordarse ahora que políticos, artistas, empresarios y toda la ralea de siervos de la burguesía van a comenzar con sus quejidos por los muertos: la mayor parte de los muertos son proletarios y han perdido la vida porque no pudieron refugiarse, porque tenían que trabajar pese a las advertencias en contra por parte de los servicios de prevención. Porque la burguesía es capaz de mantener en pie carísimas infraestructuras, decenas de miles de instalaciones productivas, lugares para el turismo, etc. pero no puede proporcionar una ayuda de emergencias básica ante un peligro conocido y más que probable como la gota fría de estos días.

Por parte del gobierno, del autonómico y del nacional, comienza ahora el show democrático de la polémica y el ataque parlamentario: entre ambos culparán al rival para que el proletariado acepte que es obra de la terrible derecha fascista o de la izquierda criminal. La realidad es que ambos trabajan única y exclusivamente para la burguesía, tanto en el PCE como en el PSOE como en el PP: todos ellos son culpables de los muertos de ayer.

Pronto aparecerán también los nuevos curas de la «religión climática» a explicarle a los proletarios que la responsabilidad de estos sucesos no hay que achacársela a la burguesía en su conjunto, sino a unos cuantos empresarios que con su modelo productivo atrasado, basado en el carbón y el petróleo y no en las energías verdes, propician el cambio climático. Y desde sus pulpitos, convenientemente jaleados por la prensa, van a proponer la enésima política de colaboración entre clases con el único objetivo de frenar la catástrofe climática que nos espera.

Pero la realidad es que estas supuestas tragedias, que mejor pueden calificarse como masacres, no desaparecerán mientras no lo haga el modo de producción que las crea. Mientras no desaparezca un sistema, el capitalismo, que encuentra más beneficio en la muerte, en la destrucción y en la reconstrucción que en la prevención, no desaparecerán las causas que amplifican cualquier fenómeno natural hasta el punto de hacerlo letal para el ser humano. Mientras no desaparezca una clase social, la burguesía, que ha sido capaz de conquistar la tierra y el espacio para el comercio, de poner en marcha la más avanzada tecnología productiva, pero que no es capaz de convertir en seguras las ciudades en que habita la mano de obra proletaria, estas situaciones, en esta misma zona y dentro de no mucho tiempo, vol-

(sigue en pág. 19)